

ESTUDIOS DE VIAGES.



(Visa de Malta.)

LA ISLA DE MALTA.

Esta importante isla del Mediterráneo, que es la mas meridional de Europa y tiene cerca de 20 leguas de circunferencia, está situada entre la Sicilia al Norte; el reino de Tunes al Mediodía; al Este, la isla de Candia y las pequeñas rocas de Linosa y Lampedusa, al Oeste. Homero en su Odisea la cita con el nombre de *Nypiria* y se cree que en un principio fué habitada por los *fecios*, supuestos gigantes, fundando sin duda esta opinion en la existencia de varios enormes trozos de piedra toscamente labrados que sirven decimientos a algunos edificios, y juzgando obra de aquellos tiempos fabulosos muchos de un tamaño extraordinario, descubiertos por las escavaciones. Despues de esta época de duda y por los años de 1519 antes de nuestra era, apoderáronse de *Nypiria* los fenicios; y reconociendo cuan importante era para su comercio la situacion de la isla, fundaron en ella una colonia que no tardó en hacerse considerable y poderosa; introdujeron en ella el culto de sus dioses y de los de Persia y Egipto, y cambiaron su nombre en el de *Ogygia*. Pero los griegos cuya industria y comercio se estendian por la parte de Sicilia y de Italia, espulsaron en ella a los fenicios, el año 756, antes de Jesucristo, y la llamaron *Melita*, no se sabe si á causa de la esquisita miel que

producia, ó si en honor de la ninfa *Melita*, hija de *Doris* y de *Nereo*. A su vez fueron tambien lanzados de ella los griegos por los cartagineses; de estos pasó al dominio de los romanos, quienes fueron espulsados por los sarracenos en el siglo IX. Los normandos la conquistaron á estos últimos en 1190, y despues pasó á los alemanes por el casamiento de Constanza, heredera de Sicilia, con Enrique IV, hijo del emperador Barbaroja. Mas de medio siglo permaneció la isla como feudo de Alemania, hasta que despues de haber formado parte, primero de la corona de Sicilia y luego de la de Francia, cayó bajo la dominacion de los reyes de Aragon y Castilla y quedó convertida en opanage de un hijo natural del monarca español. Cansados justamente los malteses de tan frecuentes cambios de dueños, propusieron al rey Alfonso pagar treinta mil florines y reunir las islas de Malta y Gozo á la corona de Sicilia, proposicion que aceptada por el rey, proporcionó á los isleños años adelante, un gobierno sabio y estable. Tal era el estado de las islas de Malta y Gozo, cuando Carlos V, hizo donacion de ellas á la órden de los caballeros de San Juan de Jerusalem, por acta de 24 de marzo de 1550. Objeto seria de un articulo de mucho mas dilatadas dimensiones de las que nos hemos propuesto dar al presente, la compendiada reseña de los grandes hechos militares con que los caballeros de esta órden han eternizado su gloriosa fama en la defensa de la isla que

25 de octubre de 1846.

TOMO IV.

28

nos ocupa: baste decir que en ella se estrellaron diferentes veces, y particularmente en 1550, las fuerzas reunidas del poderoso corsario africano Dragut, y algo mas adelante, en el mismo siglo XVI, todo el imperio otomano á cuya cabeza estaba Soliman el Magnífico, tuvo que renunciar á la conquista de ese montón de piedras que tambien en nuestros tiempos estaba destinado á originar la lucha de dos terribles potencias y la caída del coloso de la Europa moderna.

Después de haber dado una ligera noticia histórica de la isla de Malta réstanos hacer que el lector nos acompañe en el paseo marítimo que dió por resultado la vista que motiva estas líneas, y luego pasaremos al interior, á considerar sus ciudades y lo mas importante que contiene.

Las costas de la parte meridional no presentan mas que escollos y rocas escarpadas; pero á medida que se avanza hácia el Norte se encuentran muchas ensenadas y los dos espaciosos puertos Musset y Marsa, separados por una lengua de tierra, á cuya estremidad se eleva el castillo de Santelmo que defiende la entrada. El de San Angelo está construido cerca de la embocadura del puerto Marsa, y era la única fortaleza que existía en la isla cuando tomaron posesion de ella los caballeros. A corta distancia de este se halla *Il Borgo*, objeto del mayor encarnizamiento de los turcos, y por su tenaz y gloriosa resistencia á todos los asaltos mereció el nombre de Ciudad victoriosa.

La isla de Malta contiene dos ciudades principales, veinte y dos aldeas ó casales (1) y otros muchos caseríos menos importantes. La ciudad vieja ó notable, conserva todavía entre sus habitantes el nombre de Medina que le dieron los infieles, y fué durante mucho tiempo la única ciudad de la isla, y sus edificios notables eran la catedral y el palacio de los grandes maestres. Las catacumbas de esta parte de la isla que gozan de tanta celebridad, son muy estensas y tienen calles en todas direcciones con bastante regularidad en su direccion, por lo cual se les llama la ciudad subterránea; están abiertas á quince pies de profundidad de la superficie de la roca, que es tierna y porosa y por la cual sin embargo no filtra el agua, merced á varios pequeños conductos que la reunen y recogen, asi es que los subterráneos conservan la necesaria salubridad para habitarlos sin riesgo cuando las circunstancias lo exigen. Estas catacumbas son muy superiores á las de Nápoles y sirvieron de asilo á los primeros cristianos de la isla, dando motivo á mas de una tradicion, perpetuada en la memoria del pueblo.

(1) Esta palabra *casal* se deriva de una árabe que significa estacion é indica el modo como se formaron aquellas aldeas por la aglomeracion de trabajadores.

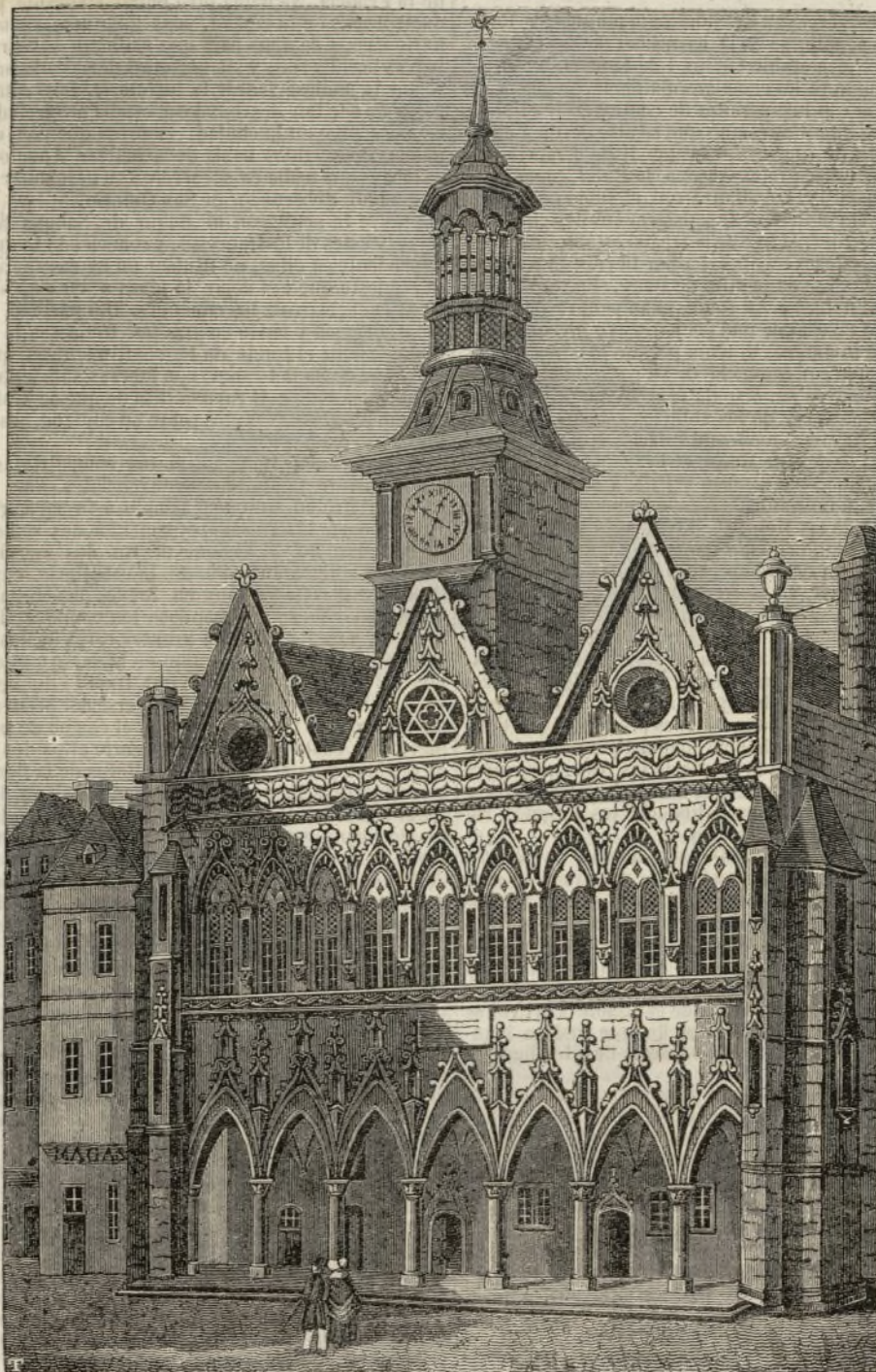
Los cimientos de la otra ciudad llamada Cité-Valette, se echaron en el año 1566 y quedó terminada 11 años después. Su principal mérito consiste en las excelentes fortificaciones que aseguran su defensa; no obstante tambien contiene algunos monumentos. La iglesia de San Juan, por ejemplo, obra del tiempo del gran maestre La Cassiere, es una de las mas suntuosas de su género; encierra muchos vasos de oro, y sus puertas son de plata maciza; el pavimento se compone de piedras sepulcrales de mármol de todos colores, y nada hay mas magnífico que algunas de aquellas tumbas incrustadas de jaspes, ágatas y otras piedras preciosas. En el oratorio, se conservaba la mano de San Juan, preciosa reliquia regalada por el sultan Bajaceto al gran maestre de Rodas; esta reliquia se habia quedado cuidadosamente en Constantinopla en una iglesia edificada por Justiniano y la respetó Mahomed II cuando la toma de Constantinopla; pero inseguro Bajaceto en el trono que acababa de ocupar y deseando la amistad del gran maestre d' Aubusson, que se habia distinguido en el reinado anterior por una señalada victoria conseguida contra los musulmanes, creyó que no podia hacerle mejor presente que la mano de San Juan.

Malta puede considerarse dividida en dos partes principales, una al Este y otra al Oeste de la ciudad vieja, y todas las aldeas están situadas en las partes del Este, que es mayor, mas abundante en tierras y mas saludables que la del Oeste, si bien menos pintoresca. En esta es de notar la colina Bergamusa, y la gruta que lleva el nombre de Calipso. La primera merece la atención particular del viajero por haber sido su cima el espacio que ocupó una ciudad que ha desaparecido del todo de la superficie de la isla, y probablemente tambien de los fastos de la historia, pues ningun historiador de Malta, incluso Abela, han hecho mencion de ella; no obstante todo cuanto rodea á esta colina manifiesta que ha sido habitada por pueblos poderosos y hábiles en las artes, y es de presumir que aquel sitio, cubierto hoy de pobre y mala yerba diese otras veces asiento á habitaciones magnificas. En cuanto á la gruta de Calipso, muchos poetas han bebido en ella sus inspiraciones, pero en nada revela esta predileccion su estado actual.

El que tambien presenta en general toda la isla de Malta, manifiesta como se ha eclipsado su antigua importancia europea; ya no cruzan sus mares aquellos navios de guerra; protectores no solo del particular comercio de la isla sino del de todas las potencias cristianas; ya los corsarios de Berberia no temen los cañones de los navios del gran maestre, y por último el imperio de Oriente escucha sin terror el nombre de caballeros de la órden de San Juan de Jerusalem.



GLORIAS DE ESPAÑA.



Casas consistoriales de San Quirín

VICTORIA DE SAN QUINTIN.

I.

Apenas desapareciera del horizonte político de Europa, para ir á sepultarse en la oscuridad de un claustro, el por siempre memorable Carlos I de España, emperador y rey, cuando ya los enemigos del nombre español, no solo respiraron con la esperanza de contrarrestar el poder colosal que los humillaba, sino que se atrevieron á ensayar los medios de lograrlo. Enrique II de Francia, que no podía olvidar las pretensiones á la Italia, como hereditarias en su familia hizo alianza con el sumo pontífice, y creyendo llegado el tiempo de satisfacer sus designios, fué el primero que sin cuidarse de la tregua establecida, rompió por las posesiones españolas y por tierras de Flandes, creyendo apoderarse de la villa de Duay. Engañóse empero, y aprendió bien á su costa, cuán peligroso era desafiar el poder colosal de una nación, cuyo joven monarca, ni deseaba la guerra, ni tenía porque temerla.

Felipe II, que por renuncia de su padre había subido al trono español, era sin disputa el monarca mas poderoso de su siglo. Además de los antiguos estados de Castilla, Aragón y Navarra, tenía aun en Europa los de Nápoles y Sicilia, el ducado de Milan, el Franco-Condado y los Países Bajos. En Asia estaban sujetas á su dominio las islas Filipinas, á las que había dado su nombre, las de la Sonda y parte de las Molucas. En la costa de Africa poseía á Tunez, Oran, las islas Canarias y del Cabo Verde. Sus estados en América superaban todavía á sus vastas posesiones europeas, y á pesar de hallarse casi acabada la conquista, aun no se había podido determinar la inmensa estension de los imperios de Méjico y del Perú, del territorio de Chile y de Nueva España, sin contar la Isla Española, la de Cuba y otras muchas, fruto de los primeros descubrimientos. Si á todo esto se agregan las considerables riquezas que tan vastas regiones producían, los ejércitos aguerridos que las habían conquistado y los acreditados generales puestos la frente de las tropas, siempre vencedoras, se formará una idea de aquel poderío, con el que solo pueden competir en la historia los antiguos romanos, dominadores del universo.

No era entonces Felipe II aquel hombre de carácter inflexible, aquel anciano, taciturno, reservado y suspicaz como generalmente se complacen en pintarle los historiadores y novelistas; era por el contrario un animoso joven de veinte y nueve años, en quien resplandecía aquel sentimiento de nacionalidad que llegó á ser en una pasión favorita, era el nuevo monarca que sostenía sobre sus juveniles hombros la carga que el atlante Carlos I se cansó de sostener, y el monarca en fin, que ansiaba inaugurar su reinado con una hazaña digna de él y digna de sus mayores.

Por esta razón, así que supo el movimiento de los franceses, envió al combate sus huestes vencedoras, reforzadas con los ocho mil hombres que le enviaba su esposa María, reina de Inglaterra. Manuel Filiberto, duque de Saboya, generalísimo de Felipe, aparentó invadir la Francia por la parte de Champaña, mas apenas hubo llamado hacia aquel punto la atención de los franceses, varió repentinamente de dirección, é invadiendo la Picardía, fué á poner sitio á San Quintín, cuya plaza era mas que probable cayese en poder de los españoles, si no era inmediatamente socorrida.

II.

No tardó mucho tiempo en presentarse el socorro que los sitiados esperaban. El día 10 de agosto de 1557, día

en que se celebra la festividad del glorioso mártir español San Lorenzo, se avistó el lucido cuerpo auxiliar, que mandado por el condestable de Montmorency venia para hacer levantar el sitio de San Quintín, ó por lo menos entretener mucho tiempo á los españoles delante de esta plaza, pues de ella pendía por entonces la salvación de la Francia. No había otro punto favorable para introducir tropas en la ciudad, mas que una estensa laguna harto escasa de agua para que pudieran surcarla aun las barcas mas ligeras, y sin embargo, demasiado profunda para que la pudiese vadear la infantería. Por este punto, á pesar de ser tan desventajoso, estaba proyectado introducir el socorro en la ciudad, empresa que con cuatro mil hombres escogidos había de acometer Andelot, interesado mas que nadie en socorrer á su hermano el almirante de Coligni, gobernador de San Quintín.

No se le ocultaron al duque de Saboya todas estas disposiciones de los franceses, y conociendo lo que había de imprudente en ellas, no titubeó un momento, á pesar de lo espuesto que era dejar la plaza á sus espaldas, en salir al encuentro de los enemigos. Dió parte al rey de su determinación y envió contra los franceses la caballería que mandaba el conde de Egmont, mientras que él para apoyarla, salía del campo con fuerzas suficientes.

Apenas Felipe II tuvo noticia de que se trababa la lid cuando puestas las manos sobre su corazón, exclamó con fervoroso celo:

—Santo mártir Lorenzo, si tus compatriotas son hoy con tu auxilio tan heroicos é invencibles como tú lo fuiste, yo erigiré un suntuoso templo á tu memoria, donde vayan á darte las gracias las generaciones venideras.

Terrible fué el choque de los dos ejércitos: aquel primer encuentro fué solo de la caballería, cuyos escuadrones se mezclaron muy en breve, acuchillándose con espantoso ruido y aclamándose los nombres de España, Austria, y de Francia. La primera carga de los españoles bastó á decidir la victoria, que no hicieron mas que confirmar las huestes de refuerzo que traía el duque de Saboya. Los franceses sin poder rehacerse del primer desorden huyen á galope tendido, dejando el campo de batalla cubierto con cuatro mil cadáveres entre ellos los del duque de Enghien y de seiscientos caballeros de la flor de la nobleza francesa. Los duques de Montpensier y de Longueville, el mariscal de Albon de San Andrés y otros señores de cuenta, son hechos prisioneros, y el mismo condestable de Montmorency, despechado al ver la fuga y la deshonor de sus tropas y no queriendo sobrevivir á tal derrota, se arroja á morir en las filas enemigas. Es herido de gravedad; pero no halla la muerte que apetecía: algunos oficiales logran rendirle y sufre la humillación de ser conducido prisionero á vista de los mismos á quienes pensaba socorrer y que lo observan consternados desde las murallas de San Quintín. Con el almirante iban también sus dos hijos, hasta cuatro mil prisioneros, setenta y dos banderas, veinte cañones de todas clases, trescientos carros é ininidad de armas, que eran otros tantos trofeos para solemnizar el triunfo de los españoles, cuyo ataque fué tan bien dirigido que solo perdieron ochenta hombres.

III.

La plaza de San Quintín, situada en el condado de Vermandois, á orillas del Soma entre Cambrai y Perona, es una ciudad antiquísima, de la que ya hace mención Tolomeo con el nombre de *Augusta Vermandorum*. Su importancia era muy considerable en la época del asedio, y grande el empeño de los franceses en sostenerla; porque además de su excelente posición militar, se hallaban todavía en ella muchos despojos de los que Francisco I había cogido á los ingleses. No es de extrañar, por esta razón, que á pesar de haber sido completamente aniquilado el ejército que venia en auxilio de la ciudad, toda-

via se obstinase esta en defenderse. Hallabase al frente de la decidida guarnición, el famoso almirante de Francia Gaspar de Coligni, que ya en esta ocasión dió muestras de que había de ser con el tiempo uno de los hombres mas memorables de su país. Reforzado el almirante con

las tropas auxiliares que su hermano Andelot había logrado introducir en la plaza, reunió á los principales habitantes y á los capitanes de su ejército en las casas consistoriales, y con sus razones y su energía los decidió á la mas obstinada defensa.



(Enrique II.)

Una lejana gritería interrumpe esta junta, y hace acudir velozmente á los sitiados á sus respectivos puntos de combate, creyendo atacada la ciudad. Producian aquel rumor las aclamaciones, y músicas con que los españoles saludaban á su rey don Felipe II, que habia llegado á las filas, y armado de punta en blanco las recorría con extraordinaria pompa. Desde luego se notaron las disposiciones para dar el asalto, al que los sitiados se prepararon valerosamente. Manuel Filiberto, duque de Saboya, reunió algunos centenares de hombres decididos entre los mas valientes del ejército, y les mostró las murallas enemigas como el único punto en que debían acreditar cuán dignos habian sido de su elección.

Adelantóse entonces el rey don Felipe, no solo para animar con su presencia el ardor de sus soldados, sino para intimarles con aquella seguridad precursora del triunfo, que en la toma de la ciudad se respetasen los templos y casas de religion, no se hiciese violencia á muger alguna de cualquier estado y condicion que fuese, ni se maltratase á los ancianos, muchachos y gente incapaz de defenderse. Las órdenes del rey se publicaron por todo el campo con severas penas, á tiempo que las columnas de ataque avanzaban en orden de modo que pudieran sostenerse mutuamente. Los sitiados sostuvieron un vigoroso asalto por tres puntos distintos; Coligni y los demás gefes se hallaban en los puntos de mayor peligro y contuvieron con desesperado arrojo el primer ímpetu de los españoles. Estos, desfallecidos, con las armaduras abolladas y cubiertas de sangre, desconfiaban ya de penetrar en la ciudad, cuando una tumultuosa vo-

ceria saludó á la primera bandera española que ondeaba en lo alto de las murallas. Llevábala el animoso hijo de Madrid, el capitan don Rodrigo Zapata de Leon, llamado desde entonces el capitan, *bandera de la sangre*, el primero que subió á la brecha y facilitó el paso de los suyos. Desde entonces la ciudad fué entrada por todas partes, Coligni, Andelot y otros personajes cayeron en poder de los españoles, y estos, derramándose por las calles de la poblacion, hicieron un estrago cual creyeron que correspondia á la arrogante obstinacion con que los franceses habian procurado defenderla.

Consiguio España esta memorable victoria el dia 26 de agosto del mismo año de 1557, y los despojos de tan provista ciudad acrecentaron los recogidos en la batalla del dia 10. A la toma de San Quintin se siguió la de Chatelet, Ham, la Feré y otros puntos menos importantes, hasta llegar á Noyon á veinte y cuatro leguas de Paris, y esta capital hubiera tal vez caído en poder de los españoles, si con mayor empeño y celeridad se hubieran sabido aprovechar de tan célebre victoria. Asi al menos lo dió á entender el anciano emperador Carlos V, cuando penetraron las faustas nuevas en su solitario asilo de Yuste. Despues de haber escuchado los detalles de la batalla y del asalto de San Quintin, preguntó á los que le llevaban la noticia.

—¿Y el rey don Felipe, está ya en Paris?

Como le contestasen negativamente, se encogió de hombros, y sin hablar mas palabra continuó su paseo bajo las bóvedas del claustro.

Felipe II no era de este dictámen, y cuando le propu-

sieron avanzar hasta París, capital que se creía indefensa, replicó:

—No es prudente reducir á los vencidos á la desesperación, ni internarse en país poderoso y enemigo, sin dejar bien cubierta la retirada.

Por otra parte, el rey había conocido sin duda que su inclinación era mas bien diplomática que militar. Esta fué la primera y la última batalla á que asistió, y sin embargo, por sus profundas combinaciones políticas se hizo mas temible en lo sucesivo á sus enemigos en el gabinete que en el campo de batalla.

IV.

Seis años despues de estos sucesos el rey don Felipe II, recibía en su gabinete al insigne arquitecto, que acababa de hacerse digno de esta honra, y le decía estas palabras:

—Señor Juan Bautista de Toledo, queremos edificar un templo grandioso en memoria de las mercedes que hemos recibido de la Providencia divina y de la señalada victo-

ria que en San Quintín obtuvimos por la intercesion y en el día del bienaventurado mártir Lorenzo. Todo queremos que contribuya en este edificio á recordar y ennoblecér el instrumento del suplicio del heroico mártir español á quien vá dedicado. En este monumento del poder de nuestra época, ha de ser sepultado el cuerpo del emperador nuestro padre y el nuestro tambien, cuando Dios fuere servido llamarnos para sí. Solo de vos pende ahora el que nuestra época no sea célebre solamente por el brillo de las armas. Para lograr este designio llamaremos á vuestro lado á todos los artistas célebres nacionales y estrangeros y no temais agotar los tesoros de nuestra munificencia, con tal que el edificio que proyectamos sea la gloria de las artes españolas, la admiracion y el orgullo de las edades venideras.

Si comprendió Juan Bautista de Toledo y despues de él Juan de Herrera, la idea de Felipe II, dígalos ese soberbio monumento que se eleva en la falda de las montañas de Guadarrama, con el nombre de *San Lorenzo el Real de la victoria*, y al que el pueblo llama comunmente *la octava maravilla*.



(Felipe II.)

En él está retratado á la vez el carácter religioso, serio y aun melancólico del monarca y el de la nación á que presidía en una época memorable, en que su grandeza y poderío no tenían igual en todos los pueblos del mundo. Siendo á la vez sitio de recreo y casa de oración, pa-

lacio y monasterio, iglesia y panteon, ofrece un conjunto grandioso en el que no se sabe que admirar mas, si la idea colosal á que fué debida la obra, ó la felicidad con que los dos hábiles artistas supieron realizarla.

El mismo Felipe II solia recrearse en ir á contem-

plar su obra favorita. Desde el sitio conocido con el nombre de la silla de Felipe II observaba todas las faenas de los operarios; cómo los profundos cimientos iban saliendo al fin de la tierra, como las paredes de granito se iban elevando á determinadas alturas con arreglo á los planes del arquitecto, como en fin las pirámides, torres y el gigantesco cimborio se alzaban, compitiendo con los elevados picos de la próxima montaña. ¡Cuántos años de continuo trabajo, desde el de 1563 en que se empezó la obra, hasta el de 1584 en que se concluyó, aun sin contar el panteón! cuánto dinero, cuánta paciencia y cuánta perseverancia fueron menester, hasta fijar sobre la puerta principal del soberbio edificio esta sencilla inscripción:

A SAN LORENZO,
INVICTO MARTIR,
FELIPE, VENCEDOR.

A la obra de Toledo y de Herrera dan nuevo realce las admirables concepciones de todos los artistas célebres de la época. Monegro, Benvenuto Cellini y los dos Leonis, depositan allí las obras maestras de sus cincelos. Carducho, Giordano, Pelegrin Tibaldi, Cambiasso y Romulo Cincinato embellecen las bóvedas y las paredes y en ellas

quedan colgados también los mejores cuadros de Murillo, Velazquez, Rivera, Coello, Pantoja, Navarrete (el mudo), Rivalta, y las del Ticiano, Veronés, Tintoretto, Wandik, Bassano, Corregio, Andrea del Sarto y otros célebres pintores extranjeros, incluso el mismo Rafael.

Despues, cuando los oficios divinos hayan de celebrarse con extraordinaria pompa en aquel templo, maravilla de las artes, el oro, las piedras preciosas, perlas y telas esquisitas se ostentarán, no solo en las alhajas y adornos del altar, sino hasta en las vestiduras de los mas ínfimos ministros. Las santas reliquias, mas raras y mas veneradas se guardarán con profusion en esta casa y como ha de ser también asilo de hombres dedicados al estudio y de jóvenes ansiosos de saber, allí se depositarán también así impresos como manuscritos y en toda clase de idiomas los códices mas preciosos de la antigüedad. En una palabra (pues una descripción no es el principal objeto de este artículo) allí se reunió todo lo mas precioso, lo mas acabado y lo mas perfecto, para que en una obra tan gigantesca los menores detalles correspondiesen á la grandeza del conjunto y para dar una idea del esplendor de las artes y del poderío de España, cuando esta nación era la señora de dos mundos.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABILLE.

ESTUDIOS MORALES.



(Vista de Overschie.)

LUDOLF.

El viagero que se dirija de Rotterdam á Delft no puede menos que observar una aldea que se halla entre estas

dos ciudades y que se llama Overschie. Elévase esta aldea en la orilla de un canal, y sus lindas casas fabricadas de ladrillos encarnados se reflejan en las aguas transparentes que bañan los árboles de los muelles y conducen á sus pies centenares de balandras cargadas de sus bateleros.

vestidos con el traje bohemio, y de encantadoras bateleras de pies desnudos y la cabeza medio encubierta bajo un velo encarnado. A pesar de la bruma cenicienta que como una delicada gasa rodea frecuentemente a Overschie, el viajero siente un verdadero placer en detenerse en este burgo delicioso, coronado de árboles gigantescos y ceñido por todos lados por praderas inmensas que despliegan hasta perderse de vista sus verdes alfombras, cubiertas de rebaños.

En los primeros años del siglo XVII, Overschie era ya la población rica y encantadora que todavía hoy es admirada. Contaba doscientas casas construidas sobre una gradería de piedras azules de tres escalones, con una puerta esculpida; un botón de cobre pulimentado como el oro para abrir esta puerta, dos ventanas en el piso bajo, tres en el único piso que la domina y una pared puntiaguda cubierta de tejas encarnadas que tienen la fecha de la construcción escrita en caracteres gigantescos por medio de otras tejas negras.

La mayor y mas linda de estas casas pertenecía al maestro de escuela de la parroquia, Jans Dejong, joven honrado, de salud delicada, de conducta ejemplar y que era amado de todos por la exactitud con que cumplía sus deberes y por los cuidados que prodigaba a los niños de la parroquia. Jans gozaba además de una mediana fortuna debida al patrimonio que había heredado y al espíritu de orden y economía que casi había doblado su capital. Mas de un rico habitante de Overschie había elegido allí en sus mientes a Jans Dejong por yerno, y mas de una linda muchacha había anudado coquetamente, pensando en el maestro de escuela, las cintas de su tocado. Pero Jans parecía no comprender las insinuaciones de los padres y los arrumacos de las hijas. Cuando se le hablaba de matrimonio movía tristemente la cabeza y dejaba escapar un suspiro.

En fin, el día menos pensado se supo en el pueblo que Jans estaba enamorado de una joven que no poseía un florín, decían los viejos, y cuya hermosura, después de todo, no era mas que mediana, añadían las jóvenes. Trea Lieveus no dejó por eso de hacerse depencas, resistió largo tiempo antes de conceder su mano a Jans, y cuando llegó este momento, al dirigirse al altar derramó una lágrima, dicen, de las que debía en semejante solemnidad.

Sea de esto lo que quiera, Jans Dejong no tardó en observar que Trea no se consideraba feliz a su lado, en su linda casa y a la cabeza de la escuela numerosa que hacía el orgullo de su marido. Pensativa y triste, parecía no haber llevado mas que su cuerpo a la casa de su marido y dejado en otra parte su pensamiento y tal vez su corazón. Esto tal vez afligía el alma de Jans, que adoraba a Trea, y que hubiera dado su escuela y hasta su casa por ver a su mujer alegre y feliz. Nada de esto sucedió: la esperanza de ser pronto madre no pudo hacer brillar la frente de la joven, ni atrajo la sonrisa a sus labios. El niño llegó con sus piecitos sonrosados, sus manitas pequeñas, y muy pronto después con su dulce voz y sus caricias. Trea al aproximarse a su seno, Trea al mecerlo sobre sus rodillas, dejaba caer todavía lágrimas; lágrimas que se apresuraba a enjugar, cuando oía a lo lejos los pasos de su esposo.

Jans acabó por caer en una melancolía profunda que no tardó en obrar funestos estragos sobre una naturaleza tan endeble como la suya. Por mas que procuraba cobrar ánimo con los besos de su hijo; por mas que se repetía que era preciso vivir para esta inocente criatura, el pesar pudo mas y llegó a dominarlo completamente. Dos años después de su casamiento, hacia el otoño, se vió obligado a despedir sus discípulos y confiarlos, llorando, a otro profesor que vino de Leida. Todos los habitantes, y sobre todo las jóvenes de Overschie, al ver al enfermo pálido, encorvado, marchito sentarse en el umbral de su casa, cuando alguno que otro rayo de sol lucía por casualidad, se decían:

—¡Pobre joven! ¡pobre joven! bien habíamos predicho lo que está pasando!

—Una noche, el parroco del pueblo, el reverendo Montagen permaneció mas tiempo que de costumbre al lado de Jans. Cuando se retiró, el enfermo que en tres días no se había levantado de la cama, hizo señas a su mujer que se aproximara, mostrando al mismo tiempo la cama de su hijo, el tierno Ludolf, para que se la trajeran a su lado.

—Trea, dijo, luego que esta ejecutó lo que le había encargado; Trea, dame tu mano, y dime que me perdonas.

—Perdonarte, preguntó ella sollozando, tú que has sido y eres un ángel de bondad para mí!

—No te he hecho feliz, Trea, replicó, procurando dar alguna fuerza a su voz desfallecida; ¿me perdonas por haberme casado contigo sin que me amases? ¡Ay! si yo hubiese podido adivinar tu secreto, nadie mas que yo habría padecido. Como quiera que sea, ha llegado para ambos el término de nuestros dolores. Mañana ya no seré celoso, mañana serás libre.

Trea hizo un movimiento de dolor.

—No digo esto para afligirte, Trea. Sé que te has conducido como una esposa cristiana y honesta: a pesar de su obstinación en pasar todos los días por debajo de nuestras ventanas, y en solicitar de ti una entrevista, Peters Brohorit no ha podido conseguir ni una palabra, ni una mirada; y sin embargo era tu novio cuando pedí a tu padre tu mano! y sin embargo, Trea, le habías dado un anillo de plata en cambio de otro que él te dió y que jamás has abandonado.

Trea volvió la cabeza llorando y su marido le cogió la mano.

—Si hubieses tenido mas confianza en mí, no hubiera sucedido ninguna de estas desgracias. Yo sin duda habría muerto, como voy a morir ahora mismo, pero no dejaría detras de mí un huérfano, un pobre niño sin padre! Trea en memoria de mi muerte y de mis padecimientos, por compasión, vela con ternura sobre nuestro hijo; no le hagas espiar la falta de su padre.

Diciendo esto llevó a sus labios abrasados la mano de Trea que tenía entre las suyas y se incorporó en la cama para depositar un beso en la frente de su hijo. Este esfuerzo consumió las pocas fuerzas que le quedaban y su cabeza volvió a caer sobre la almohada sin haber podido llegar a la cama de su hijo. Dirigió una mirada a Trea y espiró.

II.

Durante el primer año de su viudedad, Trea se condujo de manera que se captó la admiración y el afecto de todos los habitantes de Overschie. No se ocupaba mas que de su hijo, jamás salía si no acompañada de una criada anciana que había sido nodriza del pobre Jans, y pasaba siempre bajando los ojos por delante de la tienda de Peters, que lleno de esperanza desde la muerte de Jans quería obtener una entrevista de su antigua amante.

Llegó un día en que el hijo de Trea, que ya principiaba a andar solo, fué conducido por la criada a orillas del canal, para que jugase sobre la verde alfombra con los demás niños de la vecindad. La criada era habladora y curiosa en su cuádruple cualidad de célibe, quincuagenaria, holandesa é hija de Eva. Aproximábase, pues, a sus otros compañeras para escuchar cierta murmuración que las tenía muy ocupadas, cuando de repente se dejó oír y fué repetido por todas las mujeres reunidas cerca del ribazo un grito penetrante: acababa de caer un niño sobre el cesped, y arrastrado por la pendiente del ribazo caía rodando hacia el canal! Hubiera parecido irremisiblemente sin la presencia de espíritu de un zapatero de la vecindad, que viendo el peligro del niño se lanzó hacia el ribazo con tanta rapidez y felicidad, que llegó a tiempo para recibir al pobrecillo en sus brazos antes que hubiese tocado el agua del canal, en que iba a ser sumergido.

El zapatero que no era otro que Peters, condujo y entregó el niño á la vieja aya, sin decirle una palabra, y volvió á su tarea.

Cuando la vieja entró en la casa y contó á Trea lo que habia pasado, esta se puso pálida y estuvo á punto de desmayarse. Al llegar la noche, cubrióse con su velo y fué á orar sobre el sepulcro de Jans.

Al día siguiente cogió á su hijo por la mano y se encaminó á la tienda de Peters. Era domingo, y escogió para hacer esta visita la hora de las doce y en el momento en que todos salían de oír el sermón.

—Habeis salvado la vida á mi hijo, dijo con voz conmovida; vengo á daros las gracias, señor Peters, Dios os bendecirá por esa buena accion.

Peters levantó la cabeza para mirarla á su sabor y cruzando los brazos sobre su pecho, dijo:

—He salvado á un niño por casualidad; no sabia si era el vuestro, ó el de otra. A la casualidad, pues, y no á mi debeis dar vuestras gracias. Adios, señora.

Trea le saludó para retirarse; pero Peters se lanzó hácia ella y la retuvo.

—No, exclamó, no nos separaremos así. Esta es la pri-



mera vez que puedo veros despues de cuatro años, y quiero deciros que ni vuestra infidelidad, ni vuestro casamiento han podido borrar vuestra imágen en mi corazon. Os amo, Trea, como el día en que nos dimos nuestros anillos de plata; os amo, y vos me amais, pues leo en este momento vuestro amor hasta en el espanto que os inspiro, y sé que habeis derramado muchas lágrimas durante vuestro matrimonio.

Trea huyó y volvió precipitadamente á su casa llevando á su hijo en sus brazos y estrechándolo contra su pecho como para sacar de estos abrazos la fuerza y el valor que necesitaba.

No sé como pasaron los sucesos, pero tres meses despues, toda la aldea de Overschie no se ocupaba de otra cosa que del casamiento de Trea, viuda del maestro de escuela Jans Dejong, con el zapatero Peters Brodhorst. Unos lo aprobaban y decian que ella no hacia mas que pagar una deuda de gratitud al amante fiel y al salvador de su hijo, y otros, que eran los de mas edad, meneaban la cabeza y recordaban que Trea no era el primer amor de Peters, y aun no faltaban quienes aseguraban que la fidelidad de Peters no habia sido tan absoluta y completa, como se creia, si era cierto, como muchos afirmaban, que habia pedido en casamiento, dos años antes á la hija de un mercader de curtidos de Delft.

Pero sea lo que quiera de estas maledicciones ó calum-

nias, las bodas se celebraron modestamente, sin ruido ni aparato, como conviene á una viuda, y Peters abandonó su tienda de la orilla del canal para ocupar la linda casita del difunto maestro de escuela.

Trea era rica y Peters pobre, pero aunque pobre no quiso renunciar á su profesion de zapatero.

—No, dijo, no quiero comer pan que no me pertenece, tu fortuna y tu casa son de tu hijo. Mi muger y mis hijos, si Dios me los dá, hallarán su patrimonio en mi trabajo y en mis brazos.

Durante el primer año de matrimonio, Peters persistió en sus sentimientos de honor, y esta conducta mereció la aprobacion de todos. Al año siguiente sin embargo se observó que sus visitas á la taberna eran mas largas que de costumbre, y que pasaba en ella las horas enteras jugando y bebiendo. Las personas para quienes trabajaba principiaron á hallar menos esactitud en el zapatero, y frecuentemente tenian que esperar muchas semanas el calzado que le habian encargado. Un dia cansado el burgomaestre de no poder obtener un par de zapatos que necesitaba con mucha urgencia, se quejó amargamente y salió escandalizado de la tienda de Peters, no sin jurar que en lo sucesivo otro seria quien tuviese el honor de calzarle. A estas justas quejas del burgomaestre, Peters, que parecia hallarse algo ebrio, contestó insolentemente,

—¿Que me importan vuestras reprimendas y amenazas

Soy tan rico como vos, y mi casa y mis campos valen tanto como los vuestros. Escoged el zapatero que mas os venga en gana para calzar vuestras patas.

Este desacato escandalizó á toda la poblacion; Peters decia hablando de la herencia de Jans: mi casa y mis campos; habia faltado al respeto del burgomaestre; se le habia visto embriagado aquel dia en las horas del trabajo!... Motivos eran estos mas que suficientes para que aun los mas desprecupados é indulgentes hicieran siniestras conjeturas.

Pronto estos funestos síntomas, todavia disfrazados y contenidos, estallaron sin reserva. Peters no abandonó ya la taberna y renunció, por decirlo así, completamente á la horma y al tirapié. Por mas cuidado que empleaba Trea en ocultar el dolor que sufría al ver semejante conducta, los vecinos leían en su rostro las huellas mal borradas de sus lágrimas. Pronto no quedó siquiera á la pobre muger el triste consuelo de poder negar sus dolores. Dos dias hacia que su marido faltaba de casa y ella se aventuró á ir á buscarle á la taberna. Peters ébrio y furioso, abrumó á su muger con palabras groseras, le mandó que se volviera sola á su casa, y se armó de un palo para dar mas peso á sus órdenes.

Fué, pues, preciso que Trea regresase sola y llorando.

Peters, escitado por las burlas de sus compañeros de francachela, y exasperado por la bebida, no tardó en volverse tambien á su casa. Dios solo sabe lo que pasó en aquella triste morada: oyéronse blasfemias, gemidos y golpes; rompiéronse con estrépito los muebles, y cuando Peters volvió á salir, una hora despues, llevaba en la mano una bolsa llena de oro.

Desde este triste dia la felicidad dejó para siempre la linda casa de Overschie, llevándose consigo la paz, la fortuna y el bien estar. Peters se despojó del poco respeto humano que hasta entonces le habia hecho guardar algunos miramientos para con su muger. Ebrio desde la mañana hasta la noche, y desde la noche hasta la mañana, no hablaba ya sino con el palo en la mano y la amenaza en la boca. Poco á poco, la holgazaneria y su hermana la pobreza, invadieron aquel albergue, y Trea se vió en la precision de vender pedazo á pedazo, los prados y los campos que rodeaban la casa.

Pronto no quedó ya mas que la misma casa, Peters quiso venderla como lo demas. Trea se resistió, porque era el único resto de la herencia de su padre que quedaba al niño Ludolf.

Una noche entró Peters en su casa mas ébrio y violento que nunca. El tabernero no habia querido fiarle y hasta le habia amenazado con recurrir al burgomaestre para obligarle á pagar las deudas bastante considerables que habia contraído. Entró brutalmente en el cuarto donde Trea velaba al lado de la cama de su hijo enfermo, y le manifestó que era preciso que se presentara al juez en la mañana siguiente para firmar su consentimiento en la venta de la casa.

—Peters, le contestó con dulzura la pobre muger, no estás sereno esta noche; la bebida turba tu razon; tienes un corazon demasiado bueno para que quieras acabar de despojar á un huérfano.

Con una obstinacion, propia de su estado de embriaguez, Peters repitió la órden que habia dado.

—Yo lo mando, dijo, lo entendeis! Juradme que mañana por la mañana os presentareis al juez.

Al acabar estas palabras, cogió el brazo de Trea, y lo apretó con violencia. Trabajó una lucha, durante la cual logró la madre de Ludolf escaparse del aposento. Peters se sentó al lado de la cama del niño asustado, y juró herirle con el palo si su madre no volvía al punto. Al oír Trea estas amenazas, entró al punto y se entregó á las violencias de Peters, que recurrió á todos los tormentos que pudo inventar, sin obtener de su muger la promesa que le exigía.

En la mañana del siguiente dia, se su o en el pueblo que Trea habia sufrido una caída, y que las graves heridas que habia recibido en la cabeza, ponian sus dias en peligro. A los dos dias se hallaba colocado en un cuarto de la casa de Jans Dejong un féretro cubierto de un paño negro: los vecinos vinieron á dirigir un eterno adios á la pobre Trea, y el pastor de la religion reformada, el reverendo Montagen, conducía al cementerio los restos mortales de la viuda de Jans Dejong.

Al volver á su casa este digno eclesiástico, refirió á su muger los detalles dolorosos sobre la muerte de Trea. Esta habia confesado bajo el sigilo del secreto al ministro de la iglesia reformada, que ella era la victima de los malos tratamientos de su marido, y no de una caída imaginaria.

—Esta es una espiacion justa! añadió; Jans ha muerto de pesar y llorando á su hijo. Yo, que he causado su muerte, sufro en mis últimos instantes los mismos tormentos que él, y ademas amargos remordimientos. Velad sobre mi hijo, padre mio, y Dios os bendecirá.

El pastor era un eclesiástico digno y generoso; quiso llevarse á su casa al huérfano y educarlo con su propia hija. Peters se opuso y armó tanto escándalo, que el pastor tuvo que renunciar á su propósito. Contentóse con hacer venir á Ludolf al presbiterio durante el dia y enviarlo por la noche á casa de su padrastro.

La muerte de su muger no habia curado á Peters de su fatal pasion á la taberna. Dejó la casa del maestro de escuela, y no pudiendo venderla, la alquiló á fin de poder gastar en la taberna el dinero del alquiler; en fin condujo consigo á Ludolf á una cabaña que habia á la salida del pueblo.

De este modo trascurrieron siete u ocho años, durante los cuales pasó Ludolf todos sus dias en casa del pastor; habiase alimentado á su mesa, vestido á sus espensas y participado de la educacion de su familia. Sus rápidos progresos, su inteligencia precoz y la dulzura de su carácter, hacian que le amasen entrañablemente el pastor y su esposa como si hubiera sido su propio hijo, y Bella, su hija, como si hubiera sido su propio hermano. Una mañana que Ludolf, sentado delante de una mesa, dibujaba bajo la direccion del eclesiástico, encantado de la rara disposicion y de los progresos de su discípulo entró Peters de repente, algo menos embriagado que de costumbre.

—Señor ministro, dijo, aquí teneis á Ludolf que cuenta ya quince años; ya es tiempo que aprenda un oficio; yo soy su tutor y no quisiera tener que reprenderme.

—Perded cuidado, interrumpió el pastor á quiengustaba poco esta visita, yo me encargo del porvenir de Ludolf.

—Un oficio vale mas que todo lo demas, interrumpió Peters, y quiero que Ludolf aprenda conmigo el oficio de zapatero. Todo el mundo se queja de que no se encuentra á nadie en mi tienda, Ludolf permanecerá en ella; en cuanto al cuero, la horma y la lezna, yo me encargo de ellos: el tirapie posee virtudes eficaces para la enseñanza del arte de hacer zapatos.

El ministro comprendió perfectamente lo que queria el borracho; abusando de unos derechos que podian ser facilmente disputados en juicio, queria esplotar la ternura del pastor hacia el hijo de Trea, y colocarle en la alternativa de separarse de Ludolf ó comprar á su padrastro el derecho de guardarle. El ministro no era rico: por otra parte cediendo de una vez á las exigencias de Peters, se esponía á ver renovarse cada dia semejantes exacciones. Por tanto fué preciso que Ludolf abandonase la casa del ministro y se sometiese á los brutales caprichos de su padrastro. Este lleno de resentimiento contra el protector del jóven é irritado sobre todo de verse contrariado en sus proyectos ambiciosos, abrumó con malos tratamientos al hijo de Trea. Obligábase á trabajar desde la mañana á la noche, exigía de él tareas casi imposibles de llenar y le apaleaba si al volver de la taberna, no hallaba esta tarea terminada.

Cerca de tres años duró tan triste existencia. Una noche usó Peters de tal violencia contra su forzado pupilo, que el pobre muchacho, cubierto de sangre, se salvó y fué á pedir un asilo á su antiguo protector el ministro. Peters le siguió con su terrible tirapién en la mano. Escitado por la embriaguez y en un estado de rabia difícil de describir, alborotó todo el pueblo delante de la casa del ministro, y se puso á proferir contra él injurias y amenazas tan espantosas, que el pastor, de carácter inofensivo y tal vez algo pusilánime, retrocedió ante tamaño escándalo delante de todos sus feligreses.

—Hijo mio, dijo á Ludolf, Dios es testigo de que quisiera, sustraerte al furor de ese hombre; pero ya lo ves, esto no es posible, es menester hacer cesar los gritos y las injurias de Peters; vuelve con él, mañana acordaremos los medios de calmarle.

—¡Va á matarme! exclamó Ludolf enseñando sus contusiones.

El ministro bajó la cabeza con desaliento, y su hija mayor avanzó timidamente:

—Padre mio, dijo, si me permitiérais indicar un consejo, acaso serviría de mucho á Ludolf.

—Habla! hija mia, habla, querida Bella, replicó el ministro, á quien por una parte, el acto de debilidad que iba á cometer, y por la otra el terror que le inspiraba Peters sumergían en una cruel ansiedad.

—Ludolf podría salir por la puertecita del jardín y favorecido por la noche tomar el camino de Delf; mañana le remitiríamos una carta para nuestro amigo el célebre pintor Cornille Zacht-Leven que por vuestra recomendación admitirá á Ludolf entre sus discípulos.

—¿Pedir semejante servicio?

—Padre mio, bien sabéis que vuestro amigo Cornille hará todo cuanto yo le pida en favor de nuestro protegido.

El padre de Bella la miró y ella bajó los ojos ruborizada. Cornille, á pesar de su edad, no había podido resistir la pasión que le inspiraba la joven de diez años, y había procurado ganar su corazón.

—El tiempo urge, añadió el ministro; no podemos entretenernos en discutir los medios; haz lo que quieras, Bella.

Bella hizo seña á Ludolf que la siguiese, le condujo por el jardín hasta una puertecita que salía al campo, explicó claramente y en pocas palabras al fugitivo el camino que debía seguir, y le deslizó en la mano algunas monedas, diciéndole:

—¡Dios os guíe y os proteja, Ludolf!

—¡Dios os bendiga y recompense, señorita! replicó Ludolf llevando á sus labios la mano de Bella.

Entretanto el ministro preguntó gravemente á Peters los motivos del escándalo que daba delante de la casa del párroco.

—Vuestro hijastro no está en mi casa, le dijo, os lo aseguro. Cesad, pues, de prodigarle injurias y poned término á un escándalo que podría valeros una severa lección de la justicia!

Todos los vecinos del pueblo sabían que el ministro era incapaz de decir una mentira. Si declaraba que Ludolf no estaba en su casa, era indudable que no se hallaba en ella. Rodearon todos al borracho, lo condujeron y obligaron á entrar en su choza. Algunos vasos de cerveza que bebió en el camino acabaron, sino de calmarle, por lo menos de sumergirle en tal estado de embriaguez, que cayó sobre su cama sin movimiento y sin memoria.

Ludolf entretanto seguía en la oscuridad el camino de Overschie á Delf; al amanecer llegó á casa del pintor Cornille Zacht-Leven, fué muy mal recibido por una criada vieja del artista, mas dispuesta á echar, que admitir en casa de su amo á un muchacho andrajoso y de tan mala apariencia. En efecto el pesar y la miseria habían impreso su sello en Ludolf que parecía de mucha mas edad de la que realmente tenía.

La vieja había ya declarado al pobre joven que no entraría, cuando Ludolf pronunció el nombre de la señorita Bella Montagen y habló de la carta que debía enviar aquella misma mañana al pintor: este nombre fué un talismán mágico que cambió casi en benevolencia el mal humor de la dueña, á decir verdad, no porque ella amase á la joven, todo lo contrario, sino porque sabía cuanto la amaba su amo y que indudablemente se espondría á su cólera si no complacía á la hija del párroco: así es que se apresuró á conducir á Ludolf á la presencia de Cornille, anunciando con una voz que esforzaba en hacer dulce:

—Señor, un muchacho que viene de Overschie, trae un recado para vos de parte de la señorita Bella Montagen.

Y empujó al muchacho en el gabinete de estudio del pintor, y Ludolf se halló en su presencia.

El artista estaba delante de una gran mesa llena de instrumentos de química, que le servían alternativamente para investigar los medios de perfeccionar los colores que empleaba, y buscar la piedra filosofal, quimera de todos los hombres de imaginación de aquella época. Veíanse colgados por todas partes mil extravagantes objetos que daban á aquel gabinete un aspecto extraño, sobre todo para un niño educado en el campo y que jamás había salido del pueblo de Overschie. Cornille se divirtió algunos instantes con la sorpresa mezclada de temor que Ludolf experimentaba; después de lo cual le tranquilizó, le preguntó con afabilidad y le invitó á que contase su historia.

Cornille se sonrió y suspiró al oír el nombre de Bella.

—Vamos, dijo, es necesario acceder á los deseos de la que te envía, aunque me causa mas pesar de lo que ella sospecha. Dios no debería conceder el amor al corazón de los que no pueden ser amados; y sin embargo Bella tiene razón en no querer unirse con un viejo. Véome precisado á reconocerlo todas las veces que ese espejo de Venecia me muestra mi barba y mis cabellos que ya blanquean... Tú no comprendes nada de esto, hijo mio; tanto mejor para ti! Vamos, ¿qué voy ha hacer de ti? ¿de un aprendiz de zapatero? Tus brazos son demasiado débiles para moler mis colores. Pues bien, serás mi zapatero y el de mis discípulos, porque tienes bastante talento para fabricar y conservar en buen estado el calzado de diez personas. Además podemos proporcionarte otros parroquianos, en término que serás el zapatero mas ocupado de toda la Holanda.

Ludolf enjugó una lágrima y pareció querer hacer una objeción; pero la timidez le impidió hablar.

—¡Eal desde hoy mismo entrarás á ejercer tus funciones.

Un mes transcurrió durante el cual Cornille no se ocupó del protegido de Bella sino para enviarle zapatos á componer ó hacer. Ludolf, colocado bajo la tutela del aya del artista, había acabado por dulcificar poco á poco el carácter gruñón de la vieja y por captarse su amistad. Habíale alojado en un pequeño granero donde podía llenar los deberes de su estado, sin turbar el silencio del gabinete de estudio del artista con los martillazos que descargaba sobre sus formas. Algunas veces le permitía también entraren el gabinete del amo y recorrer sus cartapacios llenos de hermosos dibujos.

III.

Necesario es ahora dejar correr cuatro años.

Durante este espacio de tiempo habían sobrevenido en la fortuna del párroco de Overschie cambios inesperados y de grande importancia. Ultimo representante de la rama primogénita de una antigua familia de los Países Bajos, Mr. Montagen había recibido las órdenes para ir á verse reducido á vivir del trabajo de sus manos como un simple artesano y hacer sufrir de este modo al nombre que llevaba una especie de caducidad. Digámoslo de pa-

so, en ninguna parte ejercen mas poder las preocupaciones del nacimiento y de la nobleza como en la democrática Holanda. Así es que Montagen se habia resignado para no desmerecer de sus antepasados á vivir oscuro y pobre bajo la sotana de un ministro en el retiro de una aldea.

Cuatro años despues de la partida de Ludolf para Delft, sucedió que el jefe de la rama primogénita de los Montagen murió en Batavia, donde desempeñaba las importantes funciones de gobernador; la casualidad quiso tambien que toda su familia, embarcada despues de la pérdida de su jefe para venir á Holanda, fuese acometida por una horrible tempestad que echó á pique al buque que la trasladaba.

Estos dos acontecimientos hicieron pasar al párroco de Overschie de un estado muy próximo á la pobreza á una fortuna inmensa. El reverendo eclesiástico abandonó alegremente con toda su familia la humilde casita que habitaba en aquel pueblo, para ir á tomar en Amsterdam posesion del magnífico parque y del palacio espléndido de sus antepasados.

El dia mismo en que la familia Montagen cesó de habitar la aldea situada entre Rotterdam y Delft, cualquiera que fuese la profunda impresion que esta partida hubiese producido en el pais, otro incidente tuvo sin embargo el poder de ocupar la atencion general de Overschie.

Hacia la tarde, cuando la mayor parte de los habitantes, conversaban á las puertas de sus casas, acerca de la hermosa carroza en que habia partido la familia de Montagen, se estasiaban hablando de la librea de los lacayos y sobre el valor de los dos magníficos caballos que guiaba un cochero lleno de galones de oro, entró en Overschie un apuesto mancebo oprimiendo los lomos de un brioso alazan, á quien seguia un criado tambien á caballo. Este jóven se apeó en la única posada que habia en el pueblo, si es que puede convenir el nombre de posada á una taberna que no tenia otros cuartos que poder ofrecer á sus huéspedes que una gran sala comun en la que se hallaban ocho lechos instalados en fila y muy próximos unos á otros, como en un hospital. La posadera ó tabernera, al saber que el gallardo mancebo, ricamente vestido y que llevaba al cuello una pesada cadena de oro, pensaba pa-

sar la noche en su casa, se puso á discurrir de que manera corresponderia dignamente á semejante honor, ella que no estaba acostumbrada á hospedar mas que á carreteros y viandantes de mala estofa. Mientras discutia esta grave cuestion con su marido y trataba de resolverlo á ceder su propio aposento al viajero, este se acercó á ella y pidió que le dieran de cenar inmediatamente. La mesonera no quiso dejar á otro el cuidado de servir al caballero, y se consideró muy dichosa cuando este la suplicó que le diese algunas noticias sobre el pais.

Despues de haber dejado charlar por algun tiempo á la tabernera, sin que lograrse interesarle en lo mas mínimo, la preguntó:

—¿Teneis en el pais un buen zapatero?

—Si vuestra señoría hubiese llegado una semana antes, habria podido encargar su calzado al hombre mas hábil de cuantos han manejado la lesna en el mundo. Desgraciadamente era dado á la bebida mas de lo razonable, y nadie pudo saber por espacio de dos años, de donde tomaba el dinero que gastaba. Sea de esto lo que quiera, Peters no carecia de nada, pagaba siempre al contado, y decia, cuando estaba borracho, que le enviaban este dinero de paises estrangeros.

Esta vez parecia que la posadera habia hallado el medio de interesar á su huésped, por que la escuchaba con profunda atencion.

—¿Y que hace ahora ese rey de los zapateros? preguntó.

—Dar cuenta á Dios de su conducta, de la muerte de su muger á quien mató de pesar, y de la fuga de su hijastro, pobre niño á quien á fuerza de golpes obligó á abandonar el pais, sin que se sepa que ha sido de él.

—¿Ha muerto maese Peters? preguntó el caballero con una sorpresa muy parecida á emocion.

—Ha sido el último de sus feligreses que ha enterrado nuestro digno párroco.

—El reverendo Montagen ¿Pues qué, le ha sucedido alguna desgracia? exclamó el desconocido esta vez visiblemente turbado; ¡hablad pronto en nombre del cielo!

—Ninguna desgracia le ha sucedido, todo lo contrario. Nuestro buen párroco se ha hecho inmensamente rico, pues habiendo muerto un primo suyo, último que quedaba de sus parientes, le ha dejado toda su herencia.



Al saber el viagero esta noticia, en vez de participar de la alegría que experimentaba la posadera, había perdido el color del rostro, y levantándose vivamente, tuvo que aproximarse á la puerta para no ahogarse, y acaso tambien para ocultar su agitacion.

—Segun eso, dijo volviendo á sentarse á la mesa donde tenia la cena á la cual no tocó, y llamando á la huésped con una seña, segun eso el reverendo Montagen ha abandonado á Overschie?

—Para siempre, pues acaba de ser promovido á altas funciones eclesiásticas en la ciudad de Amsterdam, y al marchar distribuyó abundantes limosnas entre todos los pobres del pueblo.

—¿Le acompañaba su familia?

—Si, su muger y su hija.

Esta última palabra pareció volver al viagero la emocion que poco antes había experimentado.

—¿La señorita Bella, continuó la tabernera, es una jóven encantadora, tan buena, tan caritativa! un poco orgullosa sin embargo. Si la riqueza de la familia volviera la cabeza á alguno, seguramente seria á ella. Jamás, ni aun cuando era menos rica que yo, se detenía al salir de la iglesia para conversar un momento conmigo en el umbral de mi puerta, y se contentaba con saludarme al pasar y decirme: «Dios os guarde, vecina».

El desconocido no escuchaba ya: pidió el cuarto que le habían preparado y se encerró en él.

Al siguiente día, antes de amanecer, montó á caballo y pagó tan generosamente á su huésped, que esta olvidó la manera con que la había dejado la vispera, y no habló ya sino de su munificencia.

Este jóven, que viajaba á caballo, como era costumbre hacerlo en aquella época, se encaminó directamente á Amsterdam, y tan pronto como le permitia su vigorosa bestia de formas atléticas, y mas capaz de resistir á la fatiga que de desplegar una ligereza estremada. En aquella época solo se buscaban caballos de esta especie, como lo atestiguan los cuadros de Vander Meulen y otros pintores contemporáneos.

Apenas llegó el viagero, se informó de la casa que habitaba la familia de Montagen y se dirigió á ella inmediatamente. A medida que se acercaba á la casa, que era de las mas magníficas de la ciudad, tomaba su fisonomia una expresion visible de tristeza y desaliento, y hasta brilló en sus ojos una lágrima, y vaciló un momento antes de pasar el umbral. Enjugóse sin embargo con la mano vuelta esta lágrima furtiva, y dirigiéndose á uno de los lacayos que poblaban la antesala, le encargó que dijese á su amo que deseaba hablarle un caballero que acababa de llegar de Italia.

El criado volvió al punto á anunciarle que su amo le esperaba.

—Señor, dijo el jóven saludando al heredero y gefe actual de la familia Montagen, ¿cinco años han cambiado de tal modo mis facciones, que no reconocéis á uno de vuestros protegidos?

—De mis protegidos? replicó el ministro.

—De vuestros protegidos, afirmó el caballero.

—Me habláis por medio de un enigma cuyo sentido no comprendo, señor estrangero.

—¿No os acordáis ya de un pobre niño llamado Ludolf Dejong?

El ministro presentó su mano al jóven y dijo:

—Os habeis hecho un pintor célebre, cuyo nombre repiten con orgullo los Países Bajos; seais bien venido á mi casa, y puesto que no habeis olvidado lo pasado, dejadme que yo lo recuerde tambien para considerarme feliz y orgulloso por lo poco que he hecho en vuestro favor.

Estas palabras colmaron de alegría á Ludolf y parecian despertar en él una vaga esperanza á la cual no se atrevia ya á entregarse.

—Todavía hay otras dos personas cuyos beneficios tam-

poco he olvidado, continuó con voz trémula, vuestra amable esposa y vuestra querida hija Bella.

Al pronunciar este nombre, le faltó la voz de repente.

—Mucho se alegrarán de veros y voy á conducirlos á su presencia, replicó el reverendo Montagen, que sirviendo de guia á Ludolf, le hizo atravesar una larga hilera de ricos salones, se dirigió á los risueños laberintos de un vasto jardín y lo llevó á un salon de verdura, adornado con multitud de columnas de mármol blanco, destacándose airosamente sobre el follage de un verde oscuro de los grandes árboles del parque. Allí encontraron á Bella en compañía de su madre.

Al verlas Ludolf, sintió doblársele las rodillas, á pesar de que una y otra le habían saludado con un grito de sorpresa y de alegría, y que la jóven le había dicho con viva emocion:

—¿Seais bien venido, mase Ludolf Dejong! Mucho tiempo hace que supimos, no sin felicidad, vuestra reputacion y los triunfos de vuestro talento.

Sin embargo mirábanse los dos con una sorpresa mezclada de admiracion, por que su larga separacion los había cambiado mucho: la hermosura de Bella había tomado un carácter de inefable dulzura, y una tímida magestad reemplazaba su petulancia de niña. Ludolf estaba mucho mas desconocido, pues no había ya en él nada de aquel pobre muchacho del pueblo, vestido de harapos, flaco y estenuado por la opresion y la miseria, y que se educaba por caridad. Su talle elegante, sus hermosos cabellos rubios, la inteligencia y distincion de sus modales le hacian un caballero cumplido.

—Dios se ha dignado, amiga mia, dijo á Bella, oír el mas vivo de mis deseos colmandoos de los dones de la fortuna; mi corazon ha guardado un piadoso y profundo recuerdo de los beneficios de que me habeis colmado. Ay! esperaba poder probaros mi gratitud, pero ¡ay! la Providencia no ha querido reservarme alegrías tan grandes.

Una lágrima brilló en sus ojos, y el rostro de Bella se cubrió de un ligero rubor.

En este momento entró el reverendo Montagen.

—Ludolf, le dijo, quiero que la primera obra de vuestro pincel, á vuestro regreso de Italia, sean los retratos de vuestros amigos de Overschie: desde mañana podeis principiar este cuadro de familia, que compondremos mi hija, mi muger y yo.

Enternecido Ludolf llevó á sus labios la mano de Montagen.

En efecto, al día siguiente, el artista comenzó su tarea en casa del opulento heredero de la familia de los Montagen. La obra fué larga. Jamás Ludolf había prestado mas cuidado y atencion á un lienzo, y aun debemos decir, que sentia apoderarse de su alma una tristeza mortal á medida que el cuadro se aproximaba á su fin; porque era feliz en medio de los bienhechores de su infancia y porque cada día pasaba largas horas al lado de Bella. En sus dulces y sabrosas pláticas con ella, contábale las penosas pruebas á las que había tenido que someterse antes de llegar á adquirir talento, reputacion, y fortuna; contábale tambien su admision en casa del maestro Cornille Zacht Leven por compasion y como zapatero solamente, los desprecios de los discípulos y las humillaciones de la miseria. No pudiendo ya soportar semejante vida, una mañana, temblando, medio muerto de miedo, entró en el estudio de Cornille llevando en la mano un lienzo que presentó al célebre artista. En este lienzo había pintado algunos carneros segun la naturaleza, un domingo, en el campo y á hurtadillas para que nadie se burlase del zapatero que se atrevia á hacerse pintor.

—¿Por mi maestro Rubens! exclamó Cornille, este es un excelente estudio: el mismo Wenix no se desdenaria de reconocer por suyos los tonos finos y ciertas partes del dibujo. ¿Dónde has hallado este lienzo? Está todavia fresca y reciente la pintura.

—Ayer lo hice en el campo.

—¡Tú! ¡abrázame! arroja la lezna y no manejes ya sino los pinceles. La fortuna y la fama te esperan, puesto que sin estudios serios sabes producir semejantes cosas. Mañana escribiré a Juan Bulaert, de Leida, para que te admita entre sus discípulos: pronto serás el honor de su escuela. No quiero retenerte ya a mi lado porque nada tendría que enseñarte.

—En efecto, continuó Ludolf, algunos días después me puse en camino para Utrecht, gracias a mi digno maestro Cornille y a vuestro padre, que me dieron el dinero necesario para hacer este viaje. Pero lo que me colmó de alegría, lo que redobló mi perseverancia y ardor fué una bolsa de cuero bordada de oro que se dignó enviar la hija de mi protector al compañero de su infancia. Este talisman no se ha separado jamás de mí, me ha protegido contra el desaliento y me ha hecho vencer los obstáculos mas temibles.

—¿Podía yo no asociarme a la felicidad que esperaban mis padres en secundar vuestros nobles esfuerzos? le dijo Bella.

Ludolf se interrumpió y dejó de decir lo que hubiera querido decir; que si había luchado enérgicamente contra la obscuridad; que si se había sentido orgulloso con el nombre que conquistaba, y que si se había regocijado con los favores de la fortuna, era porque les debía la posibilidad de realizar un sueño delicioso, objeto de toda su vida. Quería llegar a la humilde casa del párroco de la aldea, y decirle:

—Ahora soy rico, la Holanda me cuenta entre aquellos de sus hijos con quienes ella se envanece! dejadme partir esta fortuna con vos, y dar este nombre a vuestra hija.

Ay! en el momento de ejecutar este proyecto la fortuna había venido a poner entre el artista y el heredero opulento tanta distancia quizas, como la que había entre la hija del párroco y el aprendiz zapatero.

Cuando el cuadro estuvo concluido, Montagen lo presentó a la curiosidad de toda la población, y se complació en hacer valer el talento de su protegido. Multitud de ricos habitantes de Amsterdam acudieron a Ludolf Dejong para que los retratase; pero este declaró que pensaba marchar a países estraneros y no dejar en Holanda mas cuadros que el lienzo que había pintado para la familia de Montagen.

Partió en efecto poco tiempo después de haber dado a conocer esta resolución. Lo que mas principalmente motivó su partida fué la noticia del próximo casamiento de Bella con el hijo del burgomaestre de Amsterdam.

Así era la verdad, este casamiento iba a verificarse cuando acontecimientos imprevistos, vinieron de repente a agitar la ciudad y a sembrar en ella tales divisiones que produjeron una guerra civil y obligó a las dos familias a diferir sus proyectos de union. Esta guerra civil tenía un carácter tanto mas violento, cuanto que tenía su origen en disensiones religiosas; el protestantismo y las facciones políticas habían formado dos campos en los Países Bajos! el uno contaba entre los suyos a los puritanos, a los que veían con inquietud las invasiones de Mauricio de Nasau, y en el otro campo militaban los partidarios del poder y de los holandeses que creían ver en la exajeración de los principios calvinistas un peligro para la república. De aquí los resentimientos, las luchas y las venganzas, que terminaron, como todos saben, con la muerte de Olden Barneveld, jefe de los puritanos, que pereció en el cadalso.

El ministro Montagen, en la época en que era párroco de Overschie, pertenecía ya a la secta de los puritanos; hasta entonces había podido profesar sin peligro sus doctrinas; pero luego que se hizo rico, constituido en jefe de una familia poderosa, y puesto en evidencia por su nueva posición, no tardó en atraerse el odio de los partidarios del poder. Cuando Barneveld subió al cadalso, y Grocio y

Hoogerbeets fueron condenados a una prision perpétua, Montagen partió este triste honor con los gefes de su partido, y se le arrojó en un calabozo de la ciudad, sin permitirle siquiera comunicarse con su familia. No se limitaron a esta terrible venganza, sino que se le confiscaron todos sus bienes, echaron a su familia del palacio que habitaba, y apenas dejaron a su muger y a su hija algunos miserables recursos para no verse reducidas a pedir limosna.

Bella aceptó estas pruebas de la Providencia con admirable resignación, pasando de la opulencia a la pobreza sin exalar una queja, y no vaciló en recurrir a un trabajo penoso para proporcionar alguna comodidad a su anciana madre, a quien una desgracia tan imprevista había postrado en cama. En fin todas las noches, pues se había hospedado en una casa inmediata a la prision, se comunicaba con su padre por medio de una luz, destinada a llevar algunos consuelos al mártir de sus creencias religiosas.

Las persecuciones fanáticas de cualquiera naturaleza que sean, no se detienen facilmente en su camino, y en buen derecho puede achacarse a los protestantes de los Países-Bajos excesos tan funestos como las proscripciones católicas del duque de Alba en Flandes. Así que reputóse como crimen esta sencilla, inocente é inofensiva correspondencia que una hija sostenida con su padre a quien no le permitían ver; y una mañana se presentaron violentamente varios esbirros en la casa de las dos pobres mugeres y las llevaron a la cárcel sin escuchar sus súplicas, ni acceder a sus deseos de ser encerradas en el mismo calabozo de Montagen. Llevaron la crueldad hasta el punto de separar a ellas mismas.

El valor de Bella cedió a esta última prueba que era superior a sus fuerzas, y cuando quedó sola en su calabozo cayó al suelo sin conocimiento.

IV.

Cuando Bella volvió en sí, le pareció que había sufrido mucho tiempo. Sentía desfallecidos sus miembros, su cabeza estaba pesada y sus ojos soportaban con esfuerzo la luz de una lámpara que ardía a su lado, aunque esta luz no llegaba hasta ella sino al través de cortinas herméticamente cerradas al rededor de su cama.

Procuró reunir sus recuerdos, y por espacio de algunos instantes se preguntó a si misma, si su cautiverio y el arresto de su madre no eran sueños producidos por la fiebre y el delirio; pero no tardó en salir de dudas, viendo entreabrirse las cortinas y aparecer a su madre.

—¡Loado sea Dios! murmuró madama de Montagen ¡mi hija me reconoce!

—¡Oh! si supiérais, madre mia, los sueños horribles que he tenido, respondió Bella llevando a su abrasada frente sus manos enflaquecidas; ¡ay! cuanto he sufrido!

—Es preciso guardar silencio y no pensar hasta el momento en que esté mas asegurada vuestra convalecencia, mi querida Bella, dijo madama de Montagen dejando caer las cortinas que se cerraban en largos pliegues transparentes.

Bella, fatigada por el corto esfuerzo que había hecho, volvió a reposar su cabeza sobre la almohada y se quedó dormida.

Cuando despertó era ya de día: no era ya la luz de una lámpara la que venía al través de las cortinas; una ventana entreabierta dejaba llegar lentamente hasta ella un aire fresco y dulce. Oyó el murmullo de los árboles cuyo follaje mecía el viento, y el vuelo de los pájaros que hacían subir alegremente sus canciones hacia el cielo.

Llamó a su madre y le pidió que descorriera las cortinas para que pudiese respirar mejor el aire puro y embalsamado que dilataba su pecho y que parecía traerle una nueva existencia.

La madre consultó en voz baja con una persona que

Bella no vió: despues de un momento de perplejidad, separáronse las cortinas lo bastante para mostrar á la convaleciente el azul del cielo y la verdura del campo, sin permitirle no obstante ver el interior de la habitacion donde se hallaba.

Este misterio despertó su curiosidad, y separó ligeramente la cortina. En poco estuvo que sucumbiera á las emociones de la sorpresa! hallábase en el mismo cuarto que habitaba en la modesta casa de Overschie.

Vuelta de su turbacion, y mientras procuraba explicarse semejante enigma, oyó una voz que oraba en la pieza inmediata, y reconoció la voz de su mismo padre, el noble y venerable Montagen.

—Padre mio! exclamó, padre mio! no rechaceis mis abrazos despues de una separacion tan larga; venid! venid! Me siento fuerte para la felicidad.

El ministro acudió, cogió las manos de su hija que bañó con sus lágrimas y las llevó á sus labios diciendo:

—Bendita seas, hija mia, que has soportado con valor la persecucion, y has sido en los dias de adversidad el apoyo de tu madre; ya han pasado los tiempos de prueba y van á brillar para nosotros los dias de felicidad. Puesto que eres fuerte para la felicidad, añadió sonriendo, es menester que te presente un amigo nuestro que desea verte. Te advierto que es un gran mágico, pues con un golpe de su varita te ha devuelto á tí y á tu madre la libertad.

—¿Con que nuestra prision no era un sueño? murmuró Bella.

—Con otro golpe de su varita ha roto las puertas de mi calabozo, y se ha levantado el secuestro de mis bienes por un milagro tambien de este hechicero; pero debo decirte que pone á sus servicios un precio exorbitante, pues en cambio de estos beneficios me pide mi hija única... ó mas bien, seamos justos y francos: yo se la ofrezco: él vacila en aceptarla, y no quiere obtener tu mano si no de tí sola; que piensas de esto?

Al pronunciar estas palabras el buen anciano reía y lloraba, sin poder reprimir la emocion y la alegría que rebosaba de su corazon.

—Me hallo todavia muy debil, padre mio, para tratar de cuestiones tan graves, respondió Bella, sobre cuya serenidad pareció caer una sombra de repente.

—No, no, dijo Montagen, responde ahora mismo. Nuestro mágico misterioso está aguardando en esa pieza inmediata la sentencia que debe decidir de su destino: ¡pobre hechicero que tiembla de miedo!

Al acabar de pronunciar estas palabras Montagen separó las cortinas y Bella vió á su madre que cenducia á Ludolf.

Este se arrojó á los pies de Bella.

—¿Quereis confirmar las promesas de vuestro padre? preguntó.

Bella volvió la cabeza para ocultar su rubor y emocion.

—Si, dijo, ¡si!... ¡tendré el valor de mi felicidad! Ludolf, os amo. Si, os amo, añadió, desde el dia en que supe, que rico y célebre volviais de Italia á ofrecer vuestro nombre y vuestra fortuna á la hija de vuestro bienhechor á quien suponiais pobre.

—¿Quién os ha revelado un secreto que jamás han confiado mis labios á nadie? exclamó el afortunado artista.

—Lo he adivinado, replicó Bella.

Las emociones dulces no son jamás peligrosas: la convalecencia de la jóven se verificó rápidamente, sin que por otra parte deseara ella ver concluir su duracion. Ludolf no se separaba un momento de su desposada; contábale todos los sinsabores y tormentos que habia sufrido, el pensamiento que le habia sostenido y como, aun en tiempos de su miseria, parecia guiarle una hada protectora, y trazarle su camino pronunciando el nombre de Bella. Contábale tambien su desesperacion al saber que la fortuna habia venido á interponer nuevamente entre él y la muger á quien amaba una distancia mayor que en lo pasado: entonces quiso él tambien hacerse rico y noble y conquistar por segunda vez el derecho de ser digno de Bella. Pintor y favorito del estatuer Mauricio de Nassau habia sido ademas nombrado por eleccion popular mayor del vecindario de Rotterdam. La amistad que le profesaba el gefe del estado y el crédito que le valia su titulo le facilitaron los medios de obtener el perdon del párroco Montagen, su libertad y la de su familia. Para librarla de nuevos peligros y asegurar la curacion de su querida Bella, habia pensado que era preciso refugiarse, durante algun tiempo, en el campo, lejos de las agitaciones de las ciudades: ningun lugar le habia parecido preferible á Overschie, ese pais donde habia pasado su infancia en medio de los pesares, pero tambien de los consuelos de Bella.

La ciudad de Rotterdam enseña todavia hoy con orgullo la obra maestra del pintor zapatero, como los holandeses llaman á Ludolf Dejong. Este cuadro representa al mismo artista vestido con el traje de *ecoutet* (burgomaestre) de Hellegersberg, rodeado de sus cuatro hijos, y al lado de su esposa, todos risueños y contentos, de cuya alegría y felicidad parecen participar tambien un anciano venerable y una muger sexagenaria.

E. BERTHOUD.

COSTUMBRES EUROPEAS.

ORIGEN E HISTORIA

DE LAS CARRERAS DE CABALLOS,

Y APRECIO DE ESTOS ANIMALES POR LOS ANTIGUOS Y MODERNOS. (1)

El caballo es el animal mas dócil á la voz del hombre, y segun el dicho de Plutarco, y la esperiencia, es el solo que divide con él las fatigas de la guerra, y la gloria de los combates; en efecto al verle animarse al son del clarín, y al estruendo de las armas, y obedecer los diver-

(1) Este artículo se dedica á la Sociedad para la mejora de la cria caballar en España.

sos movimientos de la mano del hombre, es preciso concederle alguna noble inteligencia. Pintan los poetas al gracioso bruto inspirado de un fuego noble, y el mismo Virgilio hablando de los caballos de Epiro dice: que eran nacidos para llevar el premio de la carrera en los juegos olimpicos, y encarga á los que hayan de elegir caballo examinen si es sensible á la gloria de vencer, y á la vergüenza de ser vencido. Escribiendo Lucrecio sobre los sueños de algunos animales, asegura haber notado en los caballos corredores, estar durmiendo bañados de sudor, relinchando y prepararse con ardor á lanzarse á la carrera, pero aunque dicho escritor no lo hubiese dejado consignado, la esperiencia nos lo hace ver todos los dias.

Si pretendiésemos dar una historia fiel de la equitacion entre los antiguos, tendríamos que remontarnos

hasta Abraham, pues se dice en la Sagrada Escritura que *mandó este á su criado montado en un camello á Mesopotamia á buscar mujer para Isaac, la cual fué Rebeca, nieta de Naor, y volvió con ella á la tierra de Canaan, montada en un camello*; pero como nuestro objeto sea probar la utilidad del caballo, y mas que todo de cuan antiguo es su uso y el aprecio que de él hicieron nuestros antepasados, nos concretaremos á estos puntos sin tocar á los animales menos nobles que se han usado y usan para montar.

Que se hacía uso de los caballos para la guerra aun antes de la salida de Egipto, se prueba en el Exodo, capítulo 14, en el que dice que *Faraon salió á detener los israelitas con un grueso ejército, y numerosa caballería*. La fabula concede el origen de montar á los centauros hijos de Ixion, y por esta razon cuenta Virgilio los creyeron medio hombres y medio caballos pintándolos de esta forma desde antes de la toma de Troya. El palladion ó caballo de Troya prueba que los griegos hacian uso de él en aquella época, ya para montarlos, ya para tirar de sus carros de guerra. Que se usaban tambien, ya en las guerras de Eneas, en Italia, lo acredita el mismo Virgilio cuando dice en la Eneida que Mesapo era gran domador de caballos, y que Camila reina de los volscos, que hizo la guerra á Eneas, mandaba por sí un escuadron de caballería.

La misma fabula nos enseña tambien, que el primer caballo brotó de la tierra al golpe del tridente de Neptuno cuando disputó con Minerva sobre el nombre de Atenas; que el mismo dios fué el primero que los domó, y enseñó á montarlos, por lo que se le apellidó *Ecuester*, y que Minerva enseñó á Bellerophonte á domar el caballo Pegaso. Si por el caballo pasamos á tener por caballeros á los que de él usaron en los combates, los centauros y lapithas son los marcados como primeros caballeros, y tambien lo fueron Castor y Polux, griegos anteriores á la guerra de Troya, á los que se tomó por tipo en muchas monedas de la república primitiva de Roma. Todos los pueblos antiguos usaron del caballo mas ó menos, y debió llegar entre ellas á la mayor perfeccion para que un hombre solo pudiese sujetar cuatro de frente, ya tirando de un carro tan ligero como un tilburí, como nos lo representan las cuádrigas de las medallas romanas; ó saltando de uno á otro en la carrera yendo sin tiro. Los árabes tienen escuadrones de caballería cuyos soldados hacen vistosas evoluciones sobre los caballos, solo lo ejecutan con uno solo, y nuestros jugadores de equitacion, aunque hacen prodigios como los que hemos visto en las últimas escenas del Circo Olimpico, de esta corte, no llegan á lo que de los antiguos leemos en los libros y vemos por los monumentos. No hay noticia fundada de que existiesen antes de Homero las carreras de caballos en el circo; pero sí consta de sus escritos, y de los de sus contemporáneos se ejecutasen en sus dias, en cuyo tiempo llegó á tal punto la educacion de los caballos, que obedecian á una mera voz ó seña con docilidad, lo que proporcionaba vistosas evoluciones en los espectáculos públicos.

La carrera, que era la diversion que mas gustaba á los griegos y romanos, porque tambien era lo que se conformaba mas con el génio de aquellas naciones, se ejecutaba ó en caballos, ó en carros tirados por estos, los que á una señal que hacia con un lienzo blanco el magistrado que presidia los juegos del circo, partian á un tiempo de las cárceles ó parages donde esperaban, con velocidad, corriendo al lado derecho de la *espina*, doblando la *meta* volviendo por el lado siniestro, y el caballo ó carro que primero concluía de dar siete vueltas al circo que marcaban las leyes del juego, en la espresada forma, aquel era declarado vencedor. Aulio Genlio que nos ha trasmitido esta noticia, añade tambien, que se corria con dos ó mas caballos á la vez y que entonces se llamaba la carre-

ra *desultoria*, porque el ginete saltaba del uno al otro en medio de la carrera.

¡Qué pasion tan grande por la gloria no debe atribuirse á un pueblo que como Grecia dió tanta estimacion á una sencilla corona de oliva obtenida en los juegos públicos! Los eruditos franceses Mr. Chan y Mr. Le Blond al esclamar de este modo, dicen con referencia á los escritores antiguos, que la corona olímpica entre los griegos tenia mas valor que la dignidad consular, y que los honores del triunfo entre los romanos. Ella hacia, en cierto modo, á los vencedores superiores á la condicion humana, elevándolos casi al rango de los dioses. Nada parecia difícil para merecer tan señalado honor y para ello se acostumbraban á ejercicios tan violentos como arriesgados y se despreciaban los peligros y la muerte. El mas vistoso de cuantos ejercicios se hacian en los juegos olímpicos, era la carrera de caballos, corriéndose como hemos dicho en cuádrigas, bigas ó sea carro de dos hasta seis caballos, y de un caballo solo hasta cuatro. Estas carreras, á cada una de las cuales se las daba un nombre particular, se las distinguia tambien con arreglo á la clase y calidad de los caballos.

En los primeros tiempos de la Grecia el cuidado de alimentar y enseñar á los caballos era ocupacion de los príncipes y guerreros, segun se nota en las odas de Píndaro, y hé aqui la razon por que tenian los griegos esta diversion por la mas hermosa y noble. La historia antigua nos enseña que los personajes mas distinguidos acadian al circo poniéndose en fila á fin de disputarse el premio de la carrera, en los juegos olímpicos. Hieron primer rey de Siracusa, corrió en persona con un solo caballo y obtuvo la corona; Alcibiades envió al circo siete carros, y sus encargados obtuvieron la corona tres veces. Plutarco dice que el mismo Alejandro se hubiese presentado en la Olimpiada, si en ella hubiese hallado reyes con quienes disputar. En el imperio del feroz Neron ya habian degenerado estos juegos; pero como aun los mantuviese la costumbre, el déspota se presentó á disputar en carros el precio de la carrera; desde el principio de ella cayó vergonzosamente á la arena, acreditando que sabia tanto regir el carro como el imperio; pero la adulacion vil por un lado y el temor á su barbaridad por otro, le declararon vencedor.

De grande importancia era el ejercicio en cuestion, los caballos eran sumamente raros, en particular en los primitivos tiempos, y entrando la emulacion por ese medio entre los príncipes y ricos ciudadanos, se logró multiplicarlas y perpetuar las mejores razas.

En muchos monumentos se ven cuádrigas ó atletas conduciendo á un caballo brioso, como de los primeros pueden consultarse tres mosaicos existentes en la Biblioteca de esta corte, pero si el hallarse figuradas en los monumentos manifiesta el aprecio que se hizo en los tiempos antiguos de estas carreras, lo que mas les atestigua es el verlas en los reversos de las medallas antiguas como se advierten en las de las familias romanas particularmente en las de Oratia, Julia, Licinia, y Tullia, y en las series de emperadores, distinguiéndose de todas un medallon de Cómodo, y otro de Adriano, ambos de bronce. Las medallas contorneadas acuñadas para immortalizar á los héroes y perpetuar los juegos, presentan el circo y en él la carrera de carros y caballos, distinguiéndose por su perfeccion las de Trajano y Antonino.

Los historiadores han justificado en cierto modo las ficciones de los poetas en lo que atañe á los caballos y sus nobles cualidades; cuenta Pausanias de la yegua del griego Phidolas, que habiendo caído su amo al principio de la carrera, continuó á pesar de esto sola, redobló su ardor, aventajó á los demas caballos, franqueó el límite señalado con destreza, y como si conociera que habia merecido el premio, se paró á recibirle delante de los jueces. Declarado Phidolas vencedor, obtuvo de los Helenos

el permiso de erigir un monumento en el que fuese representado él y su yegua. Igual caso refiere Plinio sucedido en el circo romano á la celebracion de los juegos seculares, bajo el imperio de Claudio. El entusiasmo de los griegos no se limitaba á colmar de honores á los que habian obtenido la victoria en la carrera y erigirles estatuas, sino que tenian por justo el hacer participar de estos honores á los nobles corceles que se la habian alcanzado.

La carrera en un solo caballo ha llegado hasta nosotros; pero tan degenerada, que aunque codicioso el pueblo de novedades, ha manifestado siempre afición á esta clase de espectáculos, no tiene aquel interés apasionado de los antiguos, ni estos actos pueden presentarse con la pompa de aquellos; ademas la victoria no emula entre nosotros tanto por que no tiene por objeto la gloria, por la que suspiraban los atletas que corrian en la olimpiada griega ó en el circo romano.

Al examinar las cualidades nobles del caballo se le considerará digno del cariño que ha merecido de los hombres de todas épocas, y esto mismo disimula el exceso de entusiasmo que condujo á los griegos hasta coronar á los victoriosos en la carrera y elevarles estatuas, en las que se esmeraban tanto en su grandeza cuanto en que fuesen un verdadero retrato del caballo que se queria copiar. Muchas son las medallas que atestiguan este hecho particularmente las de *Antioquia*, *Celosiria*, *Aparion en Fenicia*, *Metapontinon en Tracia* y otras; las de *Cartago*, y las romanas en sus ases, y familias en particular en las de *Calpurnesia*, *Claudia*, *Crepusia*, *Marcia*, en cuyos reversos se ven ya caballos en la carrera, ya coronados despues de la victoria, ó indicada esta con el atributo de una palma inclinada al caballo. En algunas medallas imperiales se vé como empresa de la actividad y velocidad un caballo con alas, siendo de este número las de Augusto y Tito. En muchos pueblos antiguos se tomó tambien por tipo de las medallas un caballo con palma á su lado; entre los reyes que apadrinaron este estilo fué el primero Hieron, primer rey de Sicilia. En toda la Italia el aprecio del caballo era general, y por esta razon seven en todas actitudes, y coronados por la Victoria en las medallas de *Panormo*, *Siracusa*, *Peloponeso*, *Tarento*, *Apollonia* y otras.

Es muy posible que las piedras grabadas en las que con tanta frecuencia se ven esculpidas imágenes de corceles, ya sin atributo alguno, ya con palma, ya coronados, fuesen retratos miniados de caballos victoriosos, los que mandarian grabar sus dueños para llevarlos en sus sellos y anillos, adornos que como dice Mr. Chan, verian siempre con gusto. Los antiguos, dice el mismo arqueólogo, no descuidaron nada para dar celebridad á los nobles instrumentos de sus caras victorias; los poetas les dedicaban canciones en las que pintaban su brio y gentileza: sus nombres se grababan sobre el mármol y el bronce, y en fin procuraban eternizarlos como á los héroes. Tambien fué este hermoso animal signo militar de los romanos, hasta que C. Mario dejó el águila por unica enseña militar en el imperio. La supersticion le hizo pagar tambien su tributo, pues segun el calendario romano se sacrificaba uno á Marte en las nonas de octubre.

La antigua Iberia no fué la nacion que menos tributo pagó al caballo, criados en la Bética los brutos mas hermosos del mundo, no podian ser insensibles á este beneficio con que la regaló naturaleza, y así es que en las medallas, celtibéricas, que son tal vez las primeras que se acuñaron, puesto que no hay justas razones para probar lo contrario, se ven en sus reversos corredores caballos conduciendo airosos ginetes. Los caracteres desconocidos de las leyendas de estas medallas, en cuya interpretacion han desvariado, á mi parecer, muchos sabios, nos impiden el tener la satisfaccion nacional de designar con verdad los pueblos en que fueron acuñadas. En las medallas de los cartagineses que dominaron España, vemos casi exclusivamente dedicados sus reversos al caballo, que debió

ser muy estimado por ellos; pero en donde campea con mas magestad, es en las de municipios y colonias que batieron moneda bajo el dominio de los emperadores romanos, lo que nos hace creer que en los famosos circos de Sagunto, Toledo, y otros de quienes aun se conservan reliquias, hubo repeticiones de las fiestas olimpicas y del circo romano, en las que tendria el primer lugar la carrera. En efecto á un simple repaso que se dé á la famosa obra de medallas españolas del P. Florez, se verán por tipo de ellas caballos solos en las de Illerda, Osca, Sacili, y Toledo; dadas en señal de velocidad en las de Emporiae, y Mérida; con palma conducida por el ginete, en las de Gili y Saetabi; y con guerrero en las de Arva, Aria, Bilbiles, Carisa, Cesaraugusta, Clunia, Gili, Ilipla, Ituci, Itálica, Ilturgi, Laelia, Lástigi, Lout, Minobriga, Murgi, Obulco, Olout, Osca, Segobriga, Segovia, Sagunto, Toletto, Turiaso, y Urgi. Los caballos españoles eran apreciados por todo el mundo, y los romanos los daban siempre la preferencia para los juegos y egercicios de ostentacion, pues á sus bellisimas formas se agregaba su velocidad, y todas las buenas cualidades que puede tener este animal, así es que Estrabon, Justino, Marcial y otros escritores antiguos, alabaron los caballos de la Iberia, y Claudiano por esta razon los dió el dictado de *Dives-equis*. En el gabinete de los Médicis en Florencia cita Muratori una inscripcion de caballos en que se lee HISP en unos y BAETIC en otros. Los gaditanos para manifestar la velocidad de sus naves, pintaban en la proa un caballo.

Despues de haber gozado de los honores debidos á sus fuegos y brios, los caballos de los antiguos disfrutaban en su vejez las comodidades de su honroso reposo merecido por sus penosos servicios. Los escritores Plinio, Plutarco, Pausanias, Diodoro, Espartiano, y Theodosio, nos han trasmitido el cuidado que se tenia en la vejez de los caballos vencedores en los juegos griegos y romanos. Alhajados en ricas cuerdas en las que se hallaban preciosamente enjaezados, disfrutaban de víveres escogidos y abundantes, que se les compraba de una asignacion que tenian sobre las rentas del fisco.

Aun no paraba aquí el entusiasmo de los antiguos; luego que moria un caballo victorioso, se le concedian los honores de la sepultura; Simon ateniense levantó sepulcros á las yeguas que salieron vencedoras en los juegos olimpicas, y á sus estatuas las llamaron yeguas olimpicas. Otro tanto hicieron Diomedes, Aquiles, y Hector con sus caballos Podargo, Xauto y Tros. Quiso tanto á su caballo Alejandro, rey de Macedonia, que muriéndosele le hizo ejecutar unas suntuosas exequias y depositar en una magnífica sepultura. En la ciudad de Agregento, en Persia, era general el celebrarse exequias á estos animales, y en España llegó la costumbre de enterrarlos hasta la edad media, sino nos mienten las antiguas crónicas, pues se asegura que *Rui Diaz el Cid*, conolido de la muerte de Babieca, que tantas veces le habia ayudado á vencer, le mandó enterrar.

Los colores de los caballos han influido tambien en los tiempos pasados sobre el uso que se habia de hacer de ellos. Los blancos han sido generalmente llevados como una señal de la soberania. Los sicilianos estaban obligados á dar anualmente á Dario, rey de Persia, 360 caballos blancos. Tito Livio dice: que Dionisio, tirano de Siracusa, salia de su palacio en carro tirado por cuatro caballos blancos, en lo que fué imitado por su sucesor Hyerónimo. Neron entró en Nápoles sobre un carro tirado por igual número de caballos blancos, segun se lee en Suetonio. Los emperadores de Occidente hasta su estincion, se sirvieron constantemente de caballos blancos, y muchos papas tuvieron esta costumbre que concedieron por privilegio á ciertos obispos. Cuando el emperador Carlos IV fué á ver á su primo Carlos V rey de Francia, (*Mr. Le Sage*) este príncipe mandó al emperador un caballo negro y otro de igual color á su hijo

Venceslao, y montado él en un caballo blanco entró en París entre los dos, manifestando en el color de su corcel, á sus vasallos, que él era el solo soberano.

Las carreras de caballos, se renovaron en Italia en el siglo XIII, segun consta de los estatutos de Ferrara con relacion á las celebradas en 1279, en las que se daba por premio piezas de seda y paño fino, razon por lo que se dijo á este juego *correr el Palio*. En 1527, se sabe que habia en Módena, en 1565 en Pisa y en Florencia. Aficionados los alemanes á los caballos, nos consta que sus carreras fué siempre pasión en este pueblo, como en nuestra España, en donde, en tiempo de los árabes, se hacian en tres temporadas del año en Córdoba y Sevilla, á cuyos hipódromos acudian las mejores razas del mundo. Si bien reconquistada España, siempre se apreció el caballo por los nobles, las carreras de caballos se extinguieron totalmente, y solo con motivo de fiestas reales solia hacerse alguna en los días anteriores á las justas y torneos para hacer gala los caballeros de la agilidad de sus brutos; empero en las ferias de Andalucía, sino con las formalidades del hipódromo, jamás han dejado de correrse los caballos y de atravesarse gruesas cantidades en apuestas, las que han sido y aun son el premio del vencedor.

Segun el sentir del célebre Buffon, el caballo es la mas noble conquista que ha hecho el hombre, por que este fiero á la par que dócil cuadrúpedo, divide con él las fatigas de la guerra y la gloria de los combates. No solo los miran los árabes como unos seres dotados de sentimientos generosos y nobles y con una inteligencia superior á los demas animales, creyéndolos el mas eminente ser despues del hombre, sino que hasta en su dogma religioso se les dió un buen lugar á fin de que los fieles muzlimes les criasen con predilección y cuidasen con esmero. Divididos los caballos árabes en cinco razas oriundas del *Neojede* se cuida religiosamente en conservar pura su primitiva raza. Pretenden originarse estas razas, del famoso *Masour*, caballo del célebre Okrar, gefe de la tribu de Beni-Vedeida, y no faltan autores que aseguran provienen de las cinco yeguas de Mahoma llamadas *Badha*, *Noame*, *Wadea*, *Saadkha* y *Therma*. Los árabes de los desiertos *Isbedjan* y del *Jemen*, se puede decir adoran en sus caballos segun el esmero con que los cuidan y la religiosidad con que procuran la conservacion de las razas, pudiéndose asegurar que no hay pueblo en el mundo mas amante del caballo que los beduinos, los cuales creen que la accion doméstica mas agradable al cielo es el dar de comer á los caballos, ganando en ello innumerables indulgencias. Para dar estimacion Mahoma al caballo entre sus creyentes dice, que cuando Dios quiso crearle llamó al viento de Mediodia y le dijo: «Quiero sacar de tu seno un nuevo ser, preséntate á mi despojado de tu fluido», y luego que fué obedecido, cogió el Altísimo un puñado de este elemento, le sopló y nació el caballo al cual dijo: «Serás para el hombre un manantial de felicidades y de riquezas y se ilustrará montándote.» Tan poético origen creido por los árabes como artículo de fé, ha sido causa de que sea mirado por ellos el caballo como la mejor alhaja que pueden poseer y de que procuren su conservacion con tanto esmero en todas épocas.

Los romanos que recordando las famosas carreras del circo han conservado siempre su amor á estos espectáculos, siendo una de su favoritas diversiones en su octava de carnaval. Los caballos que van en estas carreras en que se entusiasma extraordinariamente el pueblo, son berberiscos y conservados solo para estas fiestas, los cuales son conducidos al hipódromo con las cabezas y cuellos adornadas de cintas y plumas de avestruz. En vez de ser conducidos por diestros ginetes como en Inglaterra y demas paises, los caballos corren allí solos. Al efecto se les pone una lujosa cincha de la que penden porcion de correitas con bolas de plomo y puntas de acero á las puntas, las que agitados en la carrera les acosan cual otros tantos latigos y

punzantes espuelas. A fin de causar doble espanto á los caballos les ponen tiras de lata, sonajas y otras cosas que les golpean, sin que quieran aprender que un ligero y buen ginete, sacaria mas partido del animal que todos estos prodigiosos y punzantes diges. Los mozos llamados *trataverini*, graciosamente ataviados, conducen del diestro los caballos al circo, y la fogosidad de estos al verse allí, les hace trabajar mucho para detenerlos. Por medio de una maroma muy estirada se forma la valla que detiene á los caballos al fin de la carrera. Al sonido de unos clarines que dan la señal sueltan los mozos los caballos, y partiendo estos á la vez estimulados por las puntas y bolas que les hieren y golpean, gana el precio el mas corredor, que sin pararse á arrancarse los objetos que les martiriza como hacen algunos, llega primero á la valla. El gobernador de Roma, situado en un balcón frente al palacio de Venecia al extremo del hipódromo, es el que preside la fiesta, y el que adjudica el premio al dueño del caballo vencedor, el cual consiste en una bonita bandera ó en una pieza preciosamente bordada. Los aplausos estrepitosos de los romanos ensorberben al vencedor y son el premio que mas lisongea la vanidad de los dueños.

A imitacion de los árabes españoles dió una ley Felipe IV en 1693, que reprodujo Felipe V en 1723, estableciendo una junta para que cuidase de la conservacion de la cria de los caballos, cuya junta se formó de los consejeros de guerra y gefes de las caballerizas reales, pero á pesar de que se concedieron privilegios á los criadores, no se logró el objeto, y las buenas razas fueron decayendo, por que faltos aquellos del estímulo de públicas recompensas y de los medios de adquirir gloria, lo abandonaron á la naturaleza todo, no queriendo trabajar en lo que no podian sacar gran fruto.

Conociendo la grandeza de España hácia 1818, la utilidad de las carreras de caballos para conservar las buenas razas, estableció una especie de circo en el pichadero del duque del Infantado, y allí vimos renovarse en cierto modo los torneos, justas y carreras de la antigüedad y de la edad media. Desde aquellos solemnes espectáculos no sabemos se hayan vuelto á correr caballos con arte y en hipódromo hasta 1833 en que se celebraron lucidas corridas en el Paseo de las Delicias por el duque de Osuna y otros grandes y títulos. Como despues la moda de viajar se ha generalizado tanto, y se han visto las famosas corridas de caballos de Inglaterra y de Francia, ha tenido empeño la aristocracia española en imitar esta utilísima costumbre para conservar la raza española con el estímulo del premio á los criadores de caballos. A este efecto se creó en estos últimos años en Madrid una sociedad para fomentar la cria caballar en España, á la que pertenecen la reina, los infantes y lo principal de la aristocracia. Esta sociedad celebra de cuando en cuando vistosas carreras en el hipódromo de la casa de Campo de S. M. en Madrid, y en ella premia la agilidad, buena estampa y hermosura y las demas dotes de los caballos, habiéndose ya notado ventajas en la cria caballar desde la instalacion de la sociedad. Seria muy conducente que para que estas corridas tuviesen la dignidad y grandeza propia de la persona que las preside y de las que componen la sociedad, nombrase esta un *heraldo*, persona instruida en las costumbres antiguas y modernas de todos los paises en estos espectáculos, la cual las presentase siempre con variedad para que nunca cansasen, llevase las actas de las corridas y de los premios, dirigiese su publicacion y fuese el maestro de ceremonias, por decirlo así, en lo que se haria lo que hicieron los antiguos y aun se hace en algunos paises en que el heraldo tiene estas funciones.

Comparemos el aprecio que se hizo en la antigüedad de los caballos con el descuido é indiferencia que hoy se mira, por mas que se quiera decir lo contrario, particularmente en España, y hallaremos el origen de la pér-

dida de las buenas razas, y de la de las gracias, estampa y robustez que tenían cuando no se fatigaban bajo una armadura que hoy no soportaría media hora el mas esforzado de los nuestros, ni daban muestras de cansancio en las veloces vueltas del circo. Los pueblos orientales tratan á los caballos bien generalmente; pero ni estos ni los ingleses, que frenéticos por ellos llegan hasta ennoblecerlos en sus castas, y han estudiado cuanto es necesario á la conservacion, prosperidad y propagacion de las buenas razas, imitan en lo principal el cuidado, amor y estimacion que se les concedió por los griegos y romanos y al que son acreedores por tantos motivos.

Los caballos modernos despues de haber sido por su viveza y magestad la admiracion de todos en el prado, son vendidos por un vil precio á un nuevo dueño que descuidando por lo general su educacion, trata solamente de sacar de él el partido que le movió á comprarle. El caballo que es de natural orgulloso, se resiente de la indiferencia de su dueño, y es sensible al mal trato de un grosero criado mas que otros animales, y así es que á poco tiempo de salir del prado donde se crió se le nota triste, con el ojo místico y la cabeza baja, como sintiendo que

nadie recuerde su lozania y valor, y viviendo sin estímulo alguno de gloria; la mayor parte de estos nobles animales, vienen á concluir sus días ó bien tirando de una sucia noria, ó en el circo á impulso de un rabioso toro que le asesina impunemente, si ya no le dedican á otros usos menos decorosos que hacen la vida del caballo corta y penosa, particularmente si pasan de la opulencia á tan miserable estado. Muchas son las reflexiones que se nos ocurren con este motivo acerca de las causas de la decadencia y pérdida de las buenas razas de caballos, y de los defectos de su educacion y cuidado; pero no queriendo molestar á nuestros lectores, y deseando que otra pluma mas maestra, llame la atencion de los españoles sobre este interesante punto para atajar el mal que nos amenaza de perder las pocas castas buenas que nos quedan, concluiremos este artículo diciendo con un sabio escritor, que los antiguos, aunque sintamos confesarlo, eran mas magníficos, mas suntuosos y de mas grandiosa alma que nosotros aun en sus juegos y espectáculos, los cuales generalmente redundaban en beneficio de la utilidad publica.

B. S. CASTELLANOS/

HISTORIA NATURAL.

EL ZORRO FENNECK.

No hace mucho tiempo que se poseen datos ciertos sobre este animal, que sin embargo no es muy raro en el Africa meridional y particularmente en el Cabo. Bruce habla de él con el nombre de fenneck que nosotros le conservamos á causa de su anterioridad: Gmelin le describe bastante mal bajo el nombre de *canis cerdo*; Illiger le llama *megalotis*, y Cuvier que aun no le habia visto cuando escribió su reino animal (en 1817), le dá el nombre de *canis megalotis*, despues de haber estudiado sus dientes y garras. Posteriormente habiéndose separado los zorros de los perros para formar un género nuevo con el nombre de *vulpes*, Mr. Desmarest llamó al animal de que hablamos *vulpus megalotis*.

No es tan facil el desembrollar la historia y el origen de los nombres que se han dado á este animal, porque habiéndole confundido á menudo con otras especies de géneros algunas veces muy distintos, resulta de todo, que se le han atribuido costumbres y mañas que no tiene ni puede tener. Por esta razon algunos autores juzgándole solo por la longitud de sus orejas, le han tenido por un galago atribuyéndole la lentitud y las costumbres nocturnas de estos animales y otros han dicho que trepaban á los árboles, etc. etc.

Nada de todo esto es exacto, el fenneck por sus costumbres está en una clase entre el chacal y el zorro; tiene las formas generales, los dientes y las garras de este ultimo y no se diferencia sino por los caracteres siguientes: su tamaño es como una cuarta parte menor; su hocico es menos abultado y mas agudo; sus orejas mucho mas largas y anchas le dan un aspecto singular que le distingue perfectamente de todos los animales de su especie; su cola es menos larga y mas poblada, y su piel es de un color amarillo bajo en el vientre y de un pardo oscuro en el lomo. Es listo, ligero, tiene la mirada penetrante, en fin, no se parece á los galagos en lo físico ni en lo moral.

Los fennecks viven en manadas como los chacales, y

como ellos habitan principalmente en los desiertos. Pocas veces sucede que se acerquen á los habitantes, y ya porque sean mas montaces, ya porque conozcan su debilidad, jamás se les ha visto atravesar con descaro una poblacion, ni entrar atrevidamente en las habitaciones como estos últimos. Buenos cazadores, persiguen de continuo á los dipos y liebres, y á las ranas, serpientes, lagartos y otros reptiles, de los cuales no echan mano sino á falta de los primeros.

Dudo si horadan los terrenos como los zorros, aunque así debe ser, por la razon de que no siendo completamente sedentarios, no se apartan del desierto donde nacen. Ignoro si cazan en manada como los chacales, ó de dos en dos como los zorros y si ahullan al mismo tiempo; pero es de creer que como son animales débiles en comparacion de los enemigos numerosos y fuertes que habitan en sus bosques, que cazan muchos juntos y en el mayor silencio. Observaremos de paso, que donde quiera que los animales débiles creen temer á otros fuertes y feroces, se reunen en gran número, no para resistir y probar un ataque contra los tiranos, sino para disminuir cada uno en particular, los peligros individuales. Por esta razon las gacelas y los antílopes se aprietan unos contra otros cuando huyen del leon, y las palomas y otra porcion de aves indefensas se reunen en bandadas considerables para viajar, etc.

Como todos los mamíferos carnívoros, el fenneck tiene el instinto del engaño; oculto en un espeso matorral ó en los arbustos que cubren las rocas, espera con una calma imperturbable que pase á su alcance algun animal pequeño para lanzarse sobre él: conoce perfectamente sus huellas, sus costumbres y los sitios donde puede esperar hacer presa. La victima mas comun suele ser la liebre de Africa (*lepus canensis*, Cuv.), la cual no se diferencia de las de Europa sino por sus pies pajizos que son un poco mas largos; sus orejas son cerca de una quinta parte mas largas que su cabeza; abundan no solo en el Cabo sino en toda el Africa, y los ingleses se divierten algunas veces en ir desde Londres á las llanuras de Alejandria, para cazar estos animales.

Los fennecks á falta de otra cosa se alimentan de los animales muertos y aun de otras inmundicias. Si encuentran el cadáver de un animal grande, todos comen en buca

na armonía, pero si uno de ellos atrapa una liebre, los demás no le disputan su presa y se contentan con mirarle mientras la devora, hasta que despues de harto les abandona las sobras del festin, sobre las que todos se arrojan a la vez.

La razon de haber carecido tanto tiempo de detalles acerca del fenneck, no ha sido otra sin duda que la dificultad en apoderarse de uno de ellos. Por el día agazapados en los huecos de las rocas, y algunas veces en su madriguera, razon porque los cazadores no pueden encontrarlo cuando les parece á propósito. Es muy difícil sorprenderle de improviso, porque es muy fino de vista, de

olfato y de oído. Si algun cazador holandés sorprende por casualidad á uno de ellos durante el día, es muy raro que llegue á apoderarse de él á pesar de la diligencia de sus perros: el animal dá vueltas y revueltas para hacer perder á estos la pista, y si no lo consigue y se siente cansado, se hace relevar por otro bicho de su misma especie al cual obliga á que ocupe su puesto. A este último, releva otro una hora ó dos despues y así van continuando todos, hasta que cazadores y perros hartos de esperar y molidos de fatiga, se ven obligados á abandonar una persecucion completamente infructuosa.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

VENTAJAS

DE LA PESADEZ, Y DE LOS CARACTERES FLEMÁTICOS.

ELOGIO DE LA POLTRONERIA.

Anima sedens fit sapientior.

La inercia es una propiedad esencial de la materia, en la que el movimiento es un estado de escepcion, que no puede tener lugar sino por la accion de una causa estraña. En los cuerpos animados que están dotados de la facultad de moverse, su estado natural es la inaccion ó el reposo, y solo se mueven para satisfacer ciertas necesidades, para llenar ciertos fines, para reparar sus fuerzas, para disfrutar ciertos goces. No pueden mantenerse mucho tiempo en movimiento, sin que sus fuerzas se rindan, y necesiten para recobrarlas del descanso. Mas no sucede lo mismo en el estado de reposo, que sin cansancio ni daño alguno puede mantenerse indefinidamente. Los impedidos, los que han perdido los remos, los obesos, y los enfermos pasan mas ó menos tiempo, y muchas veces largos años en la cama, y aun casi sin moverse, aliviando en gran manera sus padecimientos la regalada inaccion.

No puede concebirse accion, fuerza, poder, ni movimiento sin reposo, así como hasta ahora no se ha descubierto el movimiento continuo. Esta ley se estiende al espíritu lo mismo que á la materia: así como un largo ejercicio corporal agota nuestras fuerzas, del mismo modo los trabajos mentales, la meditacion, y el estudio fatigan nuestro espíritu, y entorpecen nuestras facultades mentales. Si es lícito citar el testimonio de las sagradas letras para asuntos menos graves, diremos que el mismo Criador, segun refiere el Génesis, descansó despues de haber terminado la gran obra de la creacion. Si en una sola mirada abrazamos toda la naturaleza, veremos que ademas de quedar entregados casi todos los seres animados al reposo y aun al sueño durante la noche, todavia algunas especies duermen estaciones enteras del año, y otras tambien de día, despues que han satisfecho su hambre y aplacado su sed. Un sentimiento intimo, y cuanto rodea al hombre parece decirle con voz elocuente: *que la noche se ha hecho para dormir, y el día para descansar.*

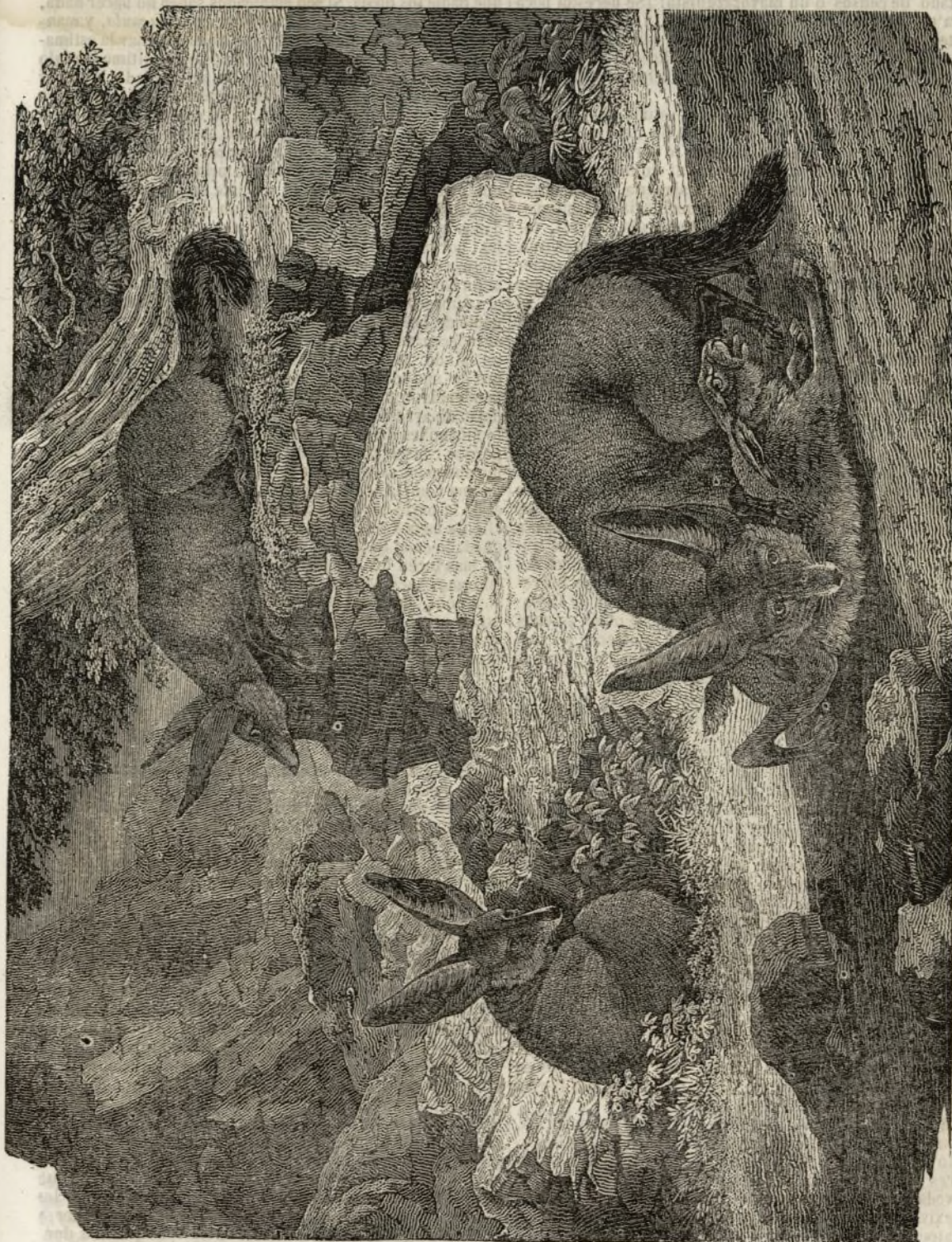
No queremos condenar al hombre á la inaccion; esto no es posible, y nosotros aunque no seamos enemigos de las teorías, amamos con pasion en todo género de cosas las verdades prácticas y los resultados positivos. Solo en Jauja ó en Babia, que ha sido siempre el Paraíso de los poltrones é indolentes, pueden concebirse individuos ó

sociedad sin trabajo ni movimiento. Pero en esta miserable tierra que habitamos, y por efecto del pecado, hay algun tanto que arrimar el hombro, aunque esto no rebaje en manera alguna la excelencia de nuestra doctrina, que es general, y que aconseja trabajar lo menos que se pueda. No perdamos de vista que el destino natural del hombre es el descanso, que los grandes placeres y la mayor felicidad están reservados para los hombres pesados y postemas, y que estos seres privilegiados están llamados á empresas extraordinarias y grandes, á arrancar sus secretos á la naturaleza, á prestar á su patria señalados servicios, y á que sus nombres pasen con gloria á la mas remota posteridad.

Las felices disposiciones de los hombres pesados se anuncian desde los primeros años. Un escritor distinguido las reconoció desde luego en un niño, que cuando sus compañeros lo convidaban á jugar al toro, el se ofrecía á hacer de corregidor, solo por el gusto de estar sentado. Si la viveza siempre es perjudicial, en ninguna época lo es tanto como en la infancia, y en la primera juventud. Las diabluras de los muchachos, que tan caras suelen costarles y tantos sustos á sus madres, provienen y traen su origen de su movilidad. Si se estuviesen quietos, ó tendidos á la bartola, se librarian de muchas descabraduras que les proporcionan su inquietud y sus travesuras. El muchacho que sale pesado, desde luego puede contar con la proteccion de sus ayos y maestros, que lo presentan á los demás como un modelo: «*Qué juicio tiene!*», dicen, y se hacen lenguas en su alabanza. No suelen ser aplicados, por que al fin estudiar es hacer algo; pero cuando se les aprieta y estrecha, estudian alguna cosa, por sola la circunstancia de que generalmente se estudia sentado. Aunque no hagan progresos en la aritmética y demás ciencias matemáticas, adelantan bastante en el latín, teniendo suma facilidad para aprender el *quis vel quid*; y ademas en las fábulas y en la Historia Sagrada: esto les proporciona lucirse en los exámenes, y á sus padres que se les caiga la baba!

Si despues de estos primeros estudios, se entra en los que son propios de cada carrera, facultad ó profesion, lo mismo en las científicas, que en las artísticas é industriales, los adelantamientos son proporcionados á la asiduidad, á la constancia, á la fastidiosa repeticion de unos mismos actos, á ese continuo machacar en un mismo yunque; y todo esto, ¿qué otra cosa es sino pesadez y majaderia? No necesitan los jóvenes consultar para nada sus disposiciones, porque su misma pesadez les dá disposicion para todo. En buen hora, que haya quien los aventaje en entendimiento, con tal que nadie les esceda en majaderia. ¿Se necesita poca para aprender de coro los innumerables

EL ZORRO FENNECK.



nombres griegos y latinos de la historia natural, de la anatomía y nomenclatura química y farmacéutica? ¿Se necesita poca para comprender las sutilezas del derecho, hojear algunos comentadores y leer siquiera una hora un tratado de censos ó un mayorazguista? ¿Se necesita poca para estudiar los espositores sagrados, y las cuestiones de teología escolástica? ¿Se necesita poca para tomar siquiera una tintura, aunque sea muy ligera, de la historia del derecho canónico, y de los principales cuerpos legales y compilaciones canónicas?

Además de que para casi todos los estudios sea casi indispensable un carácter pesado, todavía debemos añadir que hay algunos que exclusivamente le pertenecen, y que no digamos sobresalir en ellos, pero ni siquiera es posible dar un paso sin una gran dosis de majadería. En este caso se encuentran la numismática, la arqueología, las antigüedades de todo género, y la crítica. Por regla general, todos los estudios de erudición, y los que se llaman *graves*, son cosas pesadas y pesadísimas, que solo el carácter privilegiado de unos pelmazos puede emprender, y en que solo estos pueden sobresalir. ¿Tendrá mucha chispa el hombre que se devane los sesos para descubrir si un ochaño segoviano tomado de orin, es una moneda de Caligula ó de Vespasiano, el que se quema las pestañas por descubrir el terreno sobre que se halló edificada una ciudad que hace muchos siglos que desapareció, ó el que se propone descubrir la filiación y genealogía de una palabra cualquiera, remontándose hasta su primer origen, en lenguas ya casi desconocidas?

Nada tenemos que decir de las artes y de la industria. Recorramos los salones del Conservatorio de Artes en las exposiciones públicas: que se nos pongan delante esas obras que escitan la curiosidad general, y que admiran á cuantos las examinan; esos esquisitos mosaicos, esos trabajos de conchas y de abalorios, la cómoda y papelería del ebanista Medina, el velador y consola del sevillano Borreguero, que hemos visto en la sala de conferencias de la Sociedad Matritense. Todos estos trabajos, y otros muchos que pudiéramos citar, y que diariamente se ofrecen á nuestra vista, acreditan los progresos de la industria. ¿Cuál es el primer sentimiento que escitan en cuantos se complacen en contemplarlos? «¡Qué paciencia de hombre! y cuánto ha tardado vmd. en hacer esto?» ¿Y qué significa esta expresión sino admirar la pesadez y la cachaza del artista? Porque conviene advertir aquí, como cosa propia de este lugar, que la pesadez sola y sin ningún mérito ni recomendación particular, lleva en sí un título de celebridad, que al menos hace á algunas personas memorables. No se olvidará tan fácilmente en ningún pueblo al que habiendo volcado en una calesa, sin haberse hecho daño por fortuna, se mantuvo como se cayó hasta que acudieron otros á ponerlo como se estaba; al que yendo hasta el Puerto á despedir á un amigo que se embarcaba para América, por humorada, y sin mas preparativo que la ropa que llevaba puesta, se embarcó también sin avisar siquiera á su familia, que no volvió á saber de él hasta despues de veinte años que volvió á dar cuenta de su persona, y á contar su humorada; y por último, al que viniendo de París á un negocio de sumo interés é importancia, que reclamaba su presencia en la plaza de Cadiz, y sintiéndose algo cansadillo en el Puerto de Santa María, se detuvo tres años á descansar. No puede dudarse que las anécdotas de los majaderos se conservan siempre en la tradición, y que escitan la risa cada vez que oportunamente se repiten.

Mas cuando llega el hombre á la edad de los negocios, en que su interés propio ó las obligaciones de su ministerio lo ocupan enteramente y absorben toda su atención, entonces se ve la gran ventaja que llevan los hombres de gravedad y de circunspección, los hombres prudentes y reflexivos, los hombres de pulso, los que consultan con la almohada, los que saben atar bien los cabos, los que nunca se ven comprometidos, los que saben ver los toros

desde la talanquera, los que saben huir el bulto, los hombres á quienes nadie engaña, de quienes con propiedad se dice que saben la aguja de marear, y mas de lo que uno les ha enseñado, y que pueden andar solos sin necesidad de que nadie los dirija. Si son empleados saben no hacer nada, es decir, según el lenguaje técnico, *hacer la mula*, y mantener sin embargo una buena reputación y ganar la estimación del jefe, y ser siempre atendidos en el último arreglo de su oficina, y hacer respetar su antigüedad y sostener las preeminencias y prerogativas propias de su destino. Aun que no tengan gran capacidad, ni su experiencia les haya suministrado la mayor instrucción, saben poner bien una nota en un expediente, y unos reparos á unas cuentas. Para jueces y magistrados tienen la principal virtud de esta noble carrera, cuya virtud consiste en ser *impasibles*. En el mando de las provincias guardan con las demas autoridades la mejor armonía, no promueven rencillas personales, porque todo les es indiferente; respetan la ley y la justicia y son enemigos de toda violencia, porque para esto al fin hay que moverse y agitarse. No digopor no quitarles el sombrero, pero ni aun por no cederles la acera darán á nadie de bofetones, ni armarán disputa; pues antes bien agradecen mucho que les eviten la molestia de contestar á un saludo. Al frente de los ejércitos son avaros de la sangre de sus soldados, y jamás habrá que acusarlos de imprudencia ni temeridad. No carecen muchos de valor, ni dejan de arrostrar grandes peligros, ya porque en esta vida lo mismo les da por lo que va como por lo que viene, ya porque consideran la muerte como un *descanso* eterno. Como abogados saben hacer escritos mas largos que la cola de una cometa, con la excelente circunstancia de contener el de la parte contraria á quien contestan, no pudiendo su cliente menos de confesar que á su defensor nada se le ha quedado en el tintero. Y por último, en la medicina es donde mas lucen los recursos de su talento: consuelan á sus enfermos haciéndoles ver que no hay bien ni mal que dure cien años, que para Dios nada hay imposible, que mientras está el alma en el cuerpo no debe perderse toda esperanza, que *statutum est hominibus semel mori*, y que para vivir sano, contento y feliz en esta vida, y alcanzar largos años, conviene hacer uso de una receta, que ella sola vale por toda la doctrina de Brown, Brouseais y Hanneinan: es la siguiente: dos onzas de *¿qué se me da á mí?* idem de *tal día hizo un año*; disuelto todo en dos libras de *paciencia*, y añadiendo para aromatizarla, algunas gotas de egoísmo y de completa indiferencia. Esta bebida puede usarse á todo pasto, y cuando el enfermo bosteza, la curación es completa. Conviene advertir acerca de estas dos últimas profesiones, que los abogados tienen buen cuidado de decir á sus clientes para asegurar mas su confianza, que jamás han perdido un pleito, esto es, debajo del brazo; y que los médicos refieren que nunca han tenido la desgracia de tener un enfermo de cuidado (para ellos) y que los cirujanos hacen todas las operaciones de su profesión no solo sin dolor (de ellos mismos) sino con la ventaja además de que el paciente no pierda ninguno de sus miembros mientras el facultativo lo tenga en la mano, ó pueda informar de su paradero.

No se da un paso en la carrera del mundo sin que se conozcan y se palpen las ventajas de la pesadez, debiendo confesar nosotros que en esta parte, según expresión de un orador romano, es mas difícil escoger los argumentos que encontrarlos, porque á cada paso se nos presentan á la vista. Tal pretendiente consiguió el destino que deseaba. ¿Sabeis por qué? porque no dejaba vivir á bicho viviente, ni á ministro, ni á director, ni á los diputados de su provincia, ni á una doña Jesusa, hermosa jamona y amiga de un covachuelista. Don Ceferino halla siempre en casa á las personas que va á buscar, y jamás tiene que hacer dos viajes para un negocio. ¿Por qué? porque los espera hasta cualquier hora, y porque si es menester y le dicen algo se queda á comer en la casa y aun á dormir: y si le pide á un amigo dinero prestado ó á cual

quier otra persona, nadie se atreverá á negárselo. Su lenguaje es muy lacónico: «Amigo me hallo en un apuro y necesito cincuenta doblones; no me meneo de aquí hasta que vmd. me los dé.» Esta última espresion en boca de don Ceferino, ya se sabe lo que quiere decir, y no hay mas remedio que alfojarlos, sopena de tener un huésped en casa ó un alguacil de apremio. Es tan grande el poder de los hombres de gran cachaza, que hubo un tiempo en que se estableció una sociedad compuesta de eminentes pesados que se divertían gratuitamente y sin interés propio en hacer que los deudores morosos ó los petardistas pagasen á sus acreedores. Para ello llamaban á las puertas de los tramposos dando golpes con una porra, entrando luego á visitarlos, y por medio de indirectas, con los términos mas urbanos y delicados, y repitiendo sus frecuentes é interminables visitas todo el tiempo que fuese necesario, para lo cual alternaban todos los socios en estos penosos ejercicios, conseguían que los deudores pagasen; es decir, lo que en muchos casos no conseguirían todos los jueces del mundo, y todos los apremios imaginables. Porque ¿quién puede mostrarse pasivo á un apremio de chinchas? También hemos oído que esta sociedad establecida en una ciudad de Andalucía, recibía un tanto por ciento de lo que cobraba, y que cedía las cantidades que percibía en remuneración de su improbo trabajo, á los pobres encarcelados. Aquí se ve un hecho singular; á los hombres pesados contribuyendo al alivio de los que por su imprudencia, por su atolondramiento, la viveza de su carácter, ó por la impetuosidad de su genio, se hallan privados de su libertad.

Un pesado ejerce una superioridad sobre los demás hombres, y contra él y para evitar su influjo no son muchos los medios que pueden emplearse. Si os encuentra en la calle, y estais de prisa, y vais corriendo á buscar al comadron ó al viático, no podreis huir de él ni evitar su conversacion, porque desde luego tiene buen cuidado de abrazaros estrechamente ó de apoderarse de vuestro baston, ó de desabotonaros bonitamente el chaleco, ó de agarraros por el cordón del lente, y de esta maneaa es dueño de vuestra persona todo el tiempo que se le antoja ó que le acomoda. Como jamás firman ningun escrito ni ninguna obligacion sin haberla leído antes, y sin haber hecho que cualquiera de esta última clase comprenda todos los casos que puedan ocurrir, y todas las contingencias de que sean capaces, jamás incurren en ninguna falta de prevision ni en la menor inadvertencia. Por eso en los negocios privados, todos sus escritos son muy largos, y los instrumentos públicos que otorgan, contienen una serie interminable de cláusulas. En elogio de hombres de tanto peso, no podemos dejar de mencionar su celo y diligencia, aunque esto parezca una contradiccion de su carácter. Por eso se han distinguido siempre en el cuidado de sus negocios propios, y en la gestion de los ajenos, habiendo mantenido constantemente una merecida reputacion como agentes de negocios, sobrestantes de obras, administradores de casas, porteros, etc. (1).

(1) En este lugar no podemos dejar de hacer mencion de un precioso escrito, que conservamos en mucha estima hace algunos años y que nos regaló un amigo como un objeto curiosísimo. Se reduce á un recibo impreso para inquilinos de casas, y que contiene cuanto puede discurrir en un documento de esta clase. Por supuesto que los inquilinos se han de obligar á pagar por meses adelantados, bajo mil penas y condiciones, para el caso de no hacerlo, y al mismo tiempo á vivir con el mismo rigor que pudieran en un convento, pues en sus cuartos no pueden haber entrantes ni salientes, ni pueden bailar ni tener tiestos, ni colgar ropa en los balcones ni en el patio, ni encender lumbre en el suelo, ni hacer la menor obra ni aun á costa suya sin licencia por escrito del casero, ni ejercer oficios ruidosos y mecánicos, sino de pluma, ni permitir que persona que no fuese de la

Ya dejamos indicadas las ventajas que los caracteres flemáticos proporcionan al estado, en las diversas carreras á que los conduce, mas que su aficion una necesidad irresistible. Mas no se crea por eso que nuestros hombres se olvidan de si propios por el bien publico. Antes por el contrario, parece que la fortuna favorece los negativos esfuerzos de los pesados, y que como hembra, huye de quien la persigue y parece que brinda con sus favores á quien mas la desdenea. No se dirá sino que á un pesado tendido se le aparece la madre de Dios. Con estudios ó sin ellos, sábio ó ignorante, es un filósofo práctico que sabe los medios de vivir feliz. Quiere

Un no rompido sueño

no los cuidados graves
de que es siempre seguido
el que al ageno arbitrio está atenido.

y pasar su vida muy alegremente

á la sombra tendido
de yedra y lauro eterno coronado.

sin que nada lo altere ni nada perturbe su sosiego;

*Justum et tenacem propositi virum...
Impavidum ferient ruinæ.*

La escelencia de su doctrina está confirmada por la legislacion de todos los pueblos en que, esceptuando poquitos casos, solo se establecen penas para los delitos que consisten en acciones y no en omisiones; lo que admirablemente favorece á los hombres pesados, que solo por no incomodarse dejarán de vengar una injuria rompiéndole á uno la cabeza. Al mismo tiempo, cuando la moral nos prescribe el perdon de los agravios, resignacion en los trabajos, la sobriedad y la abstinencia en cuanto se opone á los preceptos de la religion y de las leyes; cuando nos predica la calma, la templanza, la moderacion, ¿no parece que tambien nos aconseja y que condena las impetuosidades, las vivezas de nuestra condicion, esa actividad maldita, ese movimiento continuo, que fomenta todas nuestras pasiones, y principalmente la sensualidad y la ambicion, que son las mas funestas á los individuos y á las naciones? Quitad á Napoleon su actividad, su extraordinaria energia, y aquel ardor que daba impulso á su genio: no habria sido un conquistador, la Francia habria perdido en gloria militar, pero la humanidad habria ganado mucho. Napoleon convertido en un verdadero posma, no hubiera sido el capitan del siglo; pero si un sábio que hubiera presidido á la civilizacion moderna.

(Se continuará.)

familia, aunque sea amigo ó pariente, pernocte en ella, ni que ninguno en la misma reciba lecciones de ningun instrumento de música, ni dé voces descompasadas durante las horas de ordinario descanso. Es de tal mérito el escrito de que hablamos, y su autor debe de hallarse tan convencido de ello, que en la segunda edicion ha tenido buen cuidado de firmar todos los ejemplares, y de declarar la obra como propiedad suya, para evitar ediciones furtivas. Segun nos ha informado una persona bien enterada, no han faltado personas curiosas que deseen adquirir este impreso.

ESTUDIOS ARTISTICOS.



El grabado que precede, es copia de uno de los cuadros de nuestro Museo de pinturas, ejecutado por Eugenio Caxés, natural de Madrid, y discípulo de su padre Patricio. El asunto está tomado del siguiente hecho histórico. Una escuadra inglesa compuesta de 80 velas, apareció delante de Lisboa á fines de octubre de 1625; pero hallando la ciudad apercebida dobló el Cabo de San Vicente, y entró en la bahía de Cadiz. Activó la defensa el duque de Medina-Sidonia, reunió tropas de Sevilla, Málaga y otros pueblos; y si bien los ingleses desembarcaron diez mil hombres, y combatieron la torre del Puntal, apoderándose de ella, al cabo de veinte horas, no pudieron sin embargo internarse en el país, antes tuvieron que reembarcarse con bastante pérdida el día 8 de noviembre. Esta expedición, le salió cara á Carlos I que reinaba en-

tonces en Inglaterra, pues además de haber perdido 50 naves, su pérdida moral fué mayor, pues nada pudo conseguir con tan costosa expedición.

Caxés representa en su lienzo, que tiene mas de diez pies de alto y once de ancho, á don Fernando de Giron gobernador de Cadiz en la citada época, haciéndose conducir al sitio amenazado por los ingleses al mando del conde de Lest, en una silla de manos por hallarse enfermo y atacado de la gota, y dando órdenes á sus capitanes, entre ellos Diego Ruiz, teniente de maese de campo para rechazar al enemigo. No existe en el Museo mas que este cuadro del citado artista, y otro de su padre que representa á la Virgen con el niño Jesus echado en su regazo, y contemplándolo devotamente mientras le adoran multitud de ángeles. Eugenio Caxés, nació en 1577 y falleció en 1642.